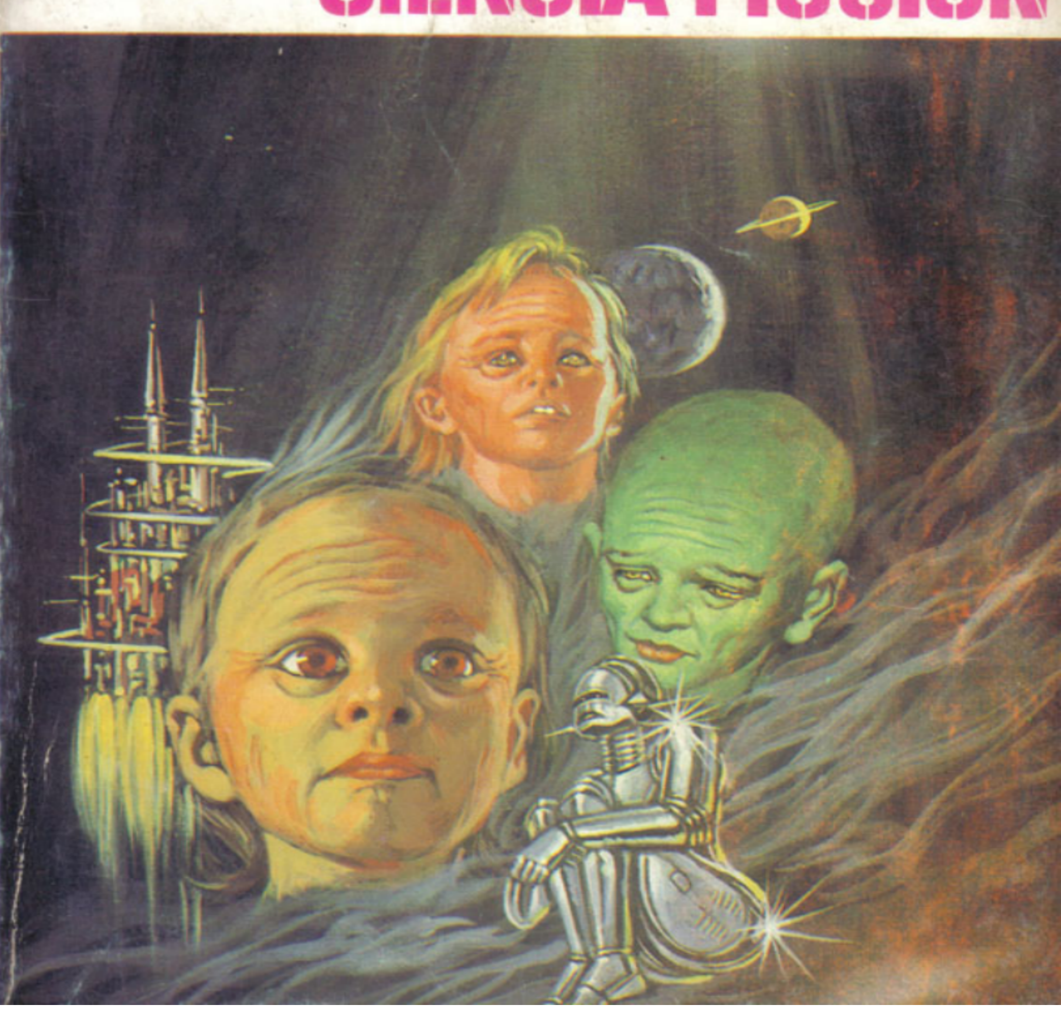
La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

ENCUENTRO CON LOS NIÑOS-VIEJOS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

579— Mamá computadora - *Lou Carrigan.*

580— La desintegración del universo - *Glenn Parrish.*

581— Desde los confines de la galaxia - *A. Thorkent.*

582— Los cerebros ectoplasmáticos - *Ralph Barby.*

583— Soldados del espacio - *A. Thorkent.*

KELLTOM McINTIRE

ENCUENTRO CON LOS NIÑOS VIEJOS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 584
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 27.386 – 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

La familia Maninway abandonó la ciudad de Seattle, en el Estado de Washington, el día 20 de julio.

Claire Kyne, hermana de la señora Maninway —Sally—, despidió a la familia a la puerta de su propio domicilio aquella radiante mañana de verano.

—Te llamaremos por teléfono cada dos o tres días —prometió Jack Maninway. Y añadió—: Ya sabes, Claire: te esperamos el primero de agosto.

—Eso espero —respondió Claire, jubilosa—, ¡Lástima que no pueda hacer el viaje con vosotros! Me encantaría.

La razón de que la guapa Claire no pudiera acompañarles inmediatamente en aquel viaje de vacaciones estivales era la siguiente: la joven se había roto un tobillo practicando montañismo a principios del verano. El traumatólogo que la atendió entonces, el doctor Valentine, había marchado de vacaciones a Europa y aún no había regresado. Claire tenía escayolado el pie derecho y no quería esforzarse demasiado hasta no contar con la autorización del médico.

De modo que Claire besó cariñosamente a sus sobrinos Perry y Arabella —a la que llamaban familiarmente Bella—, abrazó a su hermana Sally y a su cuñado y les vio partir.

El «Ford»-ranchera de Jack arrastró su caravana calle abajo y finalmente Claire perdió de vista a sus familiares. Sus únicos familiares.

Como es lógico, aguardó impaciente las primeras noticias de los expedicionarios, que se disponían a pasar treinta días de vacaciones en los atractivos montes de Oregón.

En realidad, no se trataba simplemente de unas vacaciones. Jack Maninway era profesor de Ciencias Naturales en la Universidad de Seattle y un apasionado zoólogo. Durante los últimos años, se había esforzado en ahorrar hasta d último centavo con el fin de alcanzar su ilusión más querida: adquirir un equipo profesional de cine con el que captar las escenas de la vida salvaje de los animales en las montañas de Oregón. Jack había conseguido su objetivo, de modo que pensaba aprovechar las vacaciones estivales para dedicarse a aquella afición absorbente.

Desde la ciudad de Seattle hasta el Suroeste del Estado de Oregón, hay una distancia aproximada de mil quinientos kilómetros. En aquel lugar se encuentra el famoso Parque Nacional de Cráter Lake, cuyos alrededores pensaba explorar el profesor Maninway.

De todas formas, un viaje de vacaciones no tiene por qué convertirse en una carrera contra reloj. Posiblemente, Maninway y su

esposa podían cubrir aquella distancia en una sola jornada, relevándose al volante. Pero hubiera resultado demasiado fatigoso y los Maninway preferían cubrir la distancia en varias etapas. Ello les permitiría contemplar los agrestes panoramas de Oregón, detenerse en los puntos que les parecieran más interesantes y realizar un viaje descansado.

Aquella noche, hacia las ocho, Claire veía un programa de televisión cuando sonó el teléfono. A pesar de su pierna escayolada, Claire saltó de su sillón y corrió hacia el teléfono.

Como había imaginado, se trataba de su familia. Jack telefoneaba desde la ciudad fronteriza de The Halles.

—Magnífico —comentó Maninway—. Todo va bien. Hemos hecho un maravilloso viaje, que proseguiremos mañana.

Claire escuchó durante unos minutos a cada uno de los cuatro miembros de la familia y colgó el auricular con pena.

Los Maninway llegaron a su destino al atardecer del día siguiente, 21 de julio. Según sus planes, a la mañana siguiente adquirirían alimentos y bebidas suficientes en uno de los almacenes situados en la ciudad de Fort Klamath, situada al sur del Parque Nacional Cráter Lake.

—Compraremos comida suficiente para diez días. Una vez en la montaña, no me gustaría estar haciendo continuos viajes de aprovisionamiento. Dime, Claire, ¿has tenido alguna noticia respecto al regreso del doctor Valentine?

—En la clínica dicen que posiblemente regresará el 27 ó 28. De modo que, si fuera posible, adelantaría el viaje —respondió Claire.

—En ese caso, avísanos por teléfono para que yo vaya a recogerte a Klamath Falls. Puedes llamar al teléfono 876-45- 67 de Oregón. Este número corresponde a la oficina del jefe de los vigilantes del Parque, Guy Edwards. El nos ha prometido trasladarnos cualquier aviso que recibamos —indicó Maninway.

Por desgracia para Claire, el doctor Valentine fue invitado a pronunciar media docena de conferencias en distintas capitales europeas, lo que le obligó a posponer por una semana su regreso a los Estados Unidos.

Entretanto, los Maninway se entregaban por completo a gozar de sus vacaciones en medio de la Naturaleza.

Jack la volvió a llamar el 23 de julio.

—Esto es indescriptiblemente bello, Claire; bosques espesos, desfiladeros, gargantas, torrentes, despeñaderos, praderas... He filmado ya cientos de metros de película y estoy encantado con la rica fauna de estas tierras. Permaneceremos en las estribaciones de Elson Pike tres o cuatro días más y luego nos adentraremos en la zona de los volcanes. Me han asegurado que es de una belleza pavorosa, capaz de

encoger el ánimo. ¡Lástima que tu médico no haya vuelto aún! —comentó su cuñado, sinceramente apenado.

—Estoy impaciente, Jack, pero no tengo más remedio que esperar —respondió Claire, un tanto frustrada.

La siguiente llamada de los Maninway debió producirse el día 25 de julio. Pero transcurrió todo el día y el teléfono no sonó en casa de Claire Kyne.

«Quizá se le haya hecho tarde a Jack para bajar a la oficina de Edwards —pensó—. Llamará mañana.»

Pero los Maninway no se comunicaron con ella ni el 26 ni el 27 de julio.

La preocupación de Claire iba en aumento. El día 28 de julio se decidió a marcar el teléfono que Jack le había indicado: el 876-45-67, que correspondía al jefe de vigilantes del Parque Nacional, Guy Edwards.

En cuanto se produjo la comunicación de estado a estado, Claire pudo escuchar aquella fuerte voz con el clásico acento de Oregón.

—¿Sí? Aquí Guy Edwards, jefe de los vigilantes del Parque Nacional Cráter Lake. ¿Con quién hablo?

—Señor Edwards, soy Claire Kyne y le llamo desde Seattle. No sé si el profesor Maninway le habrá hablado de mí. Soy su cuñada.

El fuerte vozarrón retumbó en el auricular.

—¡Ah, si! La maestrita de Seattle. ¡Por supuesto que Jack me ha hablado de usted! ¿No tenía que venir a reunirse con ellos hacia primeros de agosto?

A Claire le resultó simpático Edwards en seguida. Su acento tan viril y su forma sencilla y campechana de expresarse, le encantaron.

—Exactamente, señor Edwards —respondió Claire—, Pero aún no es posible. Lo cierto es que estoy preocupada: Jack quedó en llamarme cada dos días, como máximo. Pero han transcurrido cinco jornadas desde que escuché su voz por última vez, el día 23. Temo que les haya ocurrido un accidente.

—¿Un accidente? ¡No lo creo! Bueno, le diré... Yo me he hecho buen amigo del profesor Maninway, ¿sabe? Cierto que hace unos días que no los veo... ¿Cuándo fue la última vez? ¡Ah, si, el día 24! Vinieron a visitarme antes de dirigirse a la zona de los volcanes. Incluso nosotros, cuando tenemos que patrullar aquella zona, nos vemos obligados a dejar los «jeeps» y tomar los caballos...

Claire se impacientó.

—Señor Edwards, cada vez estoy más segura de que a mis familiares les ha ocurrido algo desagradable. Sé que Jack no hubiera faltado a su palabra de telefonearme cada dos días por nada del mundo.

—Ahora que lo dice... Sí, es extraño. Según me dijo Jack, habían

adquirido provisiones para una semana aproximadamente. Lo razonable es que hubieran pasado por aquí para dirigirse a Fort Klamath, el lugar habitado más próximo... Ya veo que tiene mucho interés, señorita Kyne. Personalmente, no creo que hayan tenido un accidente, pero, puesto que usted parece muy preocupada, haré un viaje de inspección a la zona de los volcanes. Por desgracia, es demasiado tarde ya para ponerse en camino. Sin embargo, le prometo que saldré hacia allá al amanecer con algunos de mis hombres. Tranquilícese, no creo que les haya ocurrido nada desagradable. Probablemente, el profesor Maninway se haya olvidado de llamarle. Créame, esa zona es apasionante. Y tratándose de Jack...

—Se lo agradezco sinceramente, señor Edwards —expresó Claire —, Estaré pendiente del teléfono.

Aquella noche apenas descansó. Sumamente nerviosa, se agitaba en el lecho imaginando mil posibilidades que explicaran el silencio de los Maninway.

Cuando se levantó, a la mañana siguiente, se sentía muy excitada. Apenas desayunó y permaneció todo el tiempo sin separarse un momento del teléfono.

Tuvo que tomarse varios analgésicos para amortiguar la jaqueca que la atormentaba.

Al fin, hacia las dos de la tarde, sonó el teléfono.

—¡Sí, sí, soy yo, señorita Kyne! Y siento no poder darle buenas noticias.

—¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido?

Cálmese, por favor. De momento, no tenemos motivos para alarmarnos, aunque no niego que la situación es preocupante.

—¡Explíquese, se lo ruego! —clamó Claire, hecha un puro nervio.

—Hemos rastreado una gran zona, hasta las estribaciones de Mount Kenny, un antiguo volcán que se supone extinguido. Encontramos restos de un campamento reciente e incluso huellas de neumáticos. Pero no encontramos el automóvil de los Maninway ni a ninguno de ellos. Por desgracia, como le dije ayer, ésa es una zona sumamente abrupta, dificultosa: centenares de profundas gargantas, grietas, riscos erizados, matorrales espesos... Mis hombres siguen rastreando los alrededores con la ayuda de sabuesos adiestrados en la búsqueda de personas extraviadas. Como no tengo radio-teléfono en ninguno de los coches, he tenido que cabalgar cuatro horas a través del bosque para hacer esta llamada desde uno de los puestos de observación del servicio contra incendios. Naturalmente, suponía que usted debía estar muy preocupada y...

—No lo sabe bien, señor Edwards. Tenía una premonición y ha resultado cierta. Desde el día 25, fecha en que Jack debió llamarme...

—Comprendo. Pero no debe sufrir demasiado. Voy a ser

brutalmente sincero con usted, señorita Kyne —expresó Guy Edwards —, Cuando llegamos al lugar donde se interrumpen las huellas de neumáticos, temí que Jack y su familia se hubieran despeñado al fondo de una de esas profundas gargantas. Pero el lugar de la última acampada es llano, hay buena visibilidad y no ofrece peligro de ese tipo…

—¿Qué es lo que van a hacer? —preguntó Claire, profundamente angustiada.

—Lo estamos haciendo ya. Treinta de mis hombres, algunos montañeros expertos, están registrando un área que abarca unos diez kilómetros cuadrados. Si no hallamos nada, solicitaré a Klamath Falls la ayuda de los helicópteros para registrar las estribaciones de Mount Kenny desde el aire…

Súbitamente, Claire tomó una decisión.

—Señor Edwards, voy a ponerme en camino. Quiero conocer la situación con exactitud —dijo.

—Pero… Jack me dijo que usted se había roto el tobillo, que tenía una pierna escayolada…

—¿Qué importa eso? De seguir aquí, pasivamente, aguardando noticias, me moriría de impaciencia —respondió la joven.

CAPITULO II

A las once de la mañana del día siguiente, un automóvil hizo sonar su claxon al acercarse al edificio de los guardabosques.

Cuy Edwards, que aguardaba la visita de Claire Kyne, abandonó su oficina a tiempo de ver bajar de una furgoneta «G.M.C.» a una preciosa muchacha rubia que vestía un anorak de brillante color rojo y botas de becerro.

Claire estaba despidiendo al conductor del automóvil que había alquilado en el aeródromo de Klamath Falls, cuando vio avanzar a aquel alto y corpulento individuo vestido como un cowboy.

Era un hombre de facciones cuadradas, piel bronceada, ojos azules y mentón agresivo. La camisa a cuadros que vestía se veía desbordada por los anchos y musculosos hombros.

—Buenos días —saludó Claire—. Busco al jefe de vigilantes, mister Edwards. Me llamo Claire Kyne.

—Yo soy Edwards, señorita Kyne.

La sorpresa fue mutua y evidente.

Juzgando por su recio y grave vozarrón, Claire había imaginado a Guy Edwards como un veterano guardabosques de cincuenta o sesenta años de edad. Pero el hombre que le tendía la mano con una sonrisa, no debía tener más de treinta años

En cuanto a Edwards, contemplaba a aquella guapa muchacha

íntimamente satisfecho. La idea que el hombre tenía de una maestra no coincidía en absoluto con la frescura, juventud y hermosura de la mujer que tenía enfrente.

—Vaya, vaya —murmuró el hombre, un tanto impresionado—. Así que, finalmente, se decidió a venir, a pesar de su pierna escayolada...

Bajó la mirada y parpadeó.

—Pero...

—¿La escayola? Yo misma me libré de ella con las tijeras de podar. Compréndalo, no podía perder el tiempo en discutir con un médico, que probablemente, se hubiera negado a librarme de la escayola. Me he puesto una tobillera un poco apretada. Le aseguro que no he sufrido la menor molestia.

Guy la miró con admiración.

—Ya veo que es usted una mujer muy decidida. ¿Quiere venir conmigo? Hablaremos en mi oficina.

La guió hasta las dependencias del edificio de piedra y madera, erguido airosamente en la colina, a la sombra de un grupo de esbeltos abetos.

La oficina del jefe de guardabosques era una pieza espaciosa, bien iluminada por tres ventanales, muros forrados en madera, una chimenea que ocupaba un rincón, una mesa, varias sillas y un armario, todo ello de madera blanca, sin barnizar. E! ambiente era rudo, pero agradable y sencillo. Unas impresionantes fotografías del Parque decoraban las paredes.

—Bien... ¿hay alguna novedad? —preguntó Claire, con su acostumbrada impaciencia.

—¿No quiere sentarse? ¿Una cerveza, martini...? —ofreció el hombre, dirigiéndose al armario—. No, ya veo que no. Sólo le interesa...

—...recibir noticias sobre mi familia, es cierto. ¿Qué es lo que ocurre?

Edwards encendió un cigarrillo sin filtro, antes de responder. Parecía confuso. Daba la impresión de estar buscando mentalmente la mejor forma de expresarse.

—Algo inaudito —habló, al fin.

Claire palideció.

—¿Los han encontrado? Tal vez, han...

—No hemos hallado a los Maninway, pero sí su automóvil Lo descubrieron los exploradores desde los helicópteros.

Nadie puede explicarse cómo llegó hasta allí —confesó su interlocutor.

—¿Quién?

—El automóvil. Está en una plataforma de las laderas de Mount

Kenny, a unos cuatrocientos metros de altitud sobre la cota de la última acampada de los Maninway —declaró Guy Edwards.

—¿Y bien? ¿Qué tiene ello de extraordinario? —exclamó Claire, extrañada.

—Sencillamente, que el coche no pudo subir allí por sus propios medios —respondió el jefe de vigilantes de Cráter Lake.

Claire vaciló.

—Déme esa cerveza, por favor —pidió con voz desmayada.

Guy abrió el armario y descorchó una botella de «Kent Benson».

—No comprendo una palabra —murmuró la muchacha, después de beber un sorbo de fresca cerveza,

—Lo comprenderá en seguida si quiere venir conmigo. Nos trasladaremos a Klain Gorge en «jeep». Tenemos allí un refugio con provisiones y media docena de caballos. A partir de Klain Gorge, lo más aconsejable es avanzar a caballo hasta las estribaciones de Mount Kenny —explicó Guy.

Como la muchacha no hiciera ningún comentario y Guy la hallara profundamente abstraída, preguntó al cabo de unos instantes:

—¿Se siente mal? Quizá, haberse arrancado la escayola...

—¡Al diablo la escayola! —exclamó ella furiosa. Y el hombre sonrió—. No se trata de mi tobillo. Son mis pensamientos, desbocados. Siempre me han acusado de poseer una imaginación desbordada.

—¿Qué quiere decir? —inquirió el hombre, estupefacto.

—Anoche sufrí una pesadilla. Ya sé que le parecerá absurdo... pero soñé que Jack, Sally y los niños, eran... eran arrebatados hacia algún lugar ignorado por unos seres extraños que descendían de las alturas... Me pareció ver en sueños una enorme nave, del color del fuego, que descendía entre las copas de los árboles y aterrizaba en una pradera. ¡Incluso me pareció oír el alarido de terror de Bella, mi sobrina! Desperté despavorida y bañada en sudor. Eran las cuatro de la madrugada. A partir de allí, no pude conciliar el sueño —relató Claire.

—Un sueño verdaderamente extraño —afirmó Edwards—. Y ahora que lo dice, precisamente el día 25...

—¿Qué...? — preguntó Claire, con gran ansiedad.

—Nada. Lo que estaba pensando es tan absurdo como su pesadilla —respondió el hombre, con cierta brusquedad.

Claire escrutó con curiosidad las viriles facciones de Edwards, pero el hombre se volvió hacia una de las ventanas, dio varias chupadas nerviosas a su cigarrillo y luego lo aplastó en un cenicero.

—Espere un momento aquí, Claire —rogó—. Voy a dar instrucciones a mi ayudante, Bob Romero, y a pedirle que avisen a...

—¿A su esposa?

Guy sonrió. La suya era una sonrisa muy agradable, amplia y

franca.

—No, no estoy casado. Pediré a Bob que llame a todas las localidades próximas e investiguen si han visto a los Maninway a partir del día 24…

—¿Para qué? ¿Cree que mis familiares abandonaron el Parque sin previo aviso? —quiso saber ella.

—Es una posibilidad. A fuerza de estrujarme el cerebro, he pensado que quizá decidieron abandonar esta zona, aunque no pueda explicarme qué les movió a comportarse de forma tan extraña. De todas formas, el sheriff de Fort Klamath está sobre aviso y sus hombres estuvieron investigando los alrededores de Mount Kenny. ¡Es todo tan extraño…! Los Maninway eran de lo más normal: alegres, llenos de entusiasmo, comunicativos, cordiales. Quiero decir que no era de esperar que se comportaran de forma tan… absurda, por explicarlo de algún modo —respondió el hombre dubitativo.

Claire estuvo de acuerdo.

—Absurdo y extraño, ésas son las palabras —dijo—. ¿Quién puede explicar el hecho de que el automóvil de Jack se encontrase en una cota tan elevada?

—Inexplicable. O mejor, si, puede existir una explicación: un gran helicóptero podría izar el vehículo hasta el lugar que ahora ocupa. Pero aquí surge una nueva interrogante… ¿Con qué objetivo?

—¿Ha visto usted el automóvil. Guy? —preguntó Claire, de improviso.

—Si. Es posible llegar hasta allí, aunque la ladera es muy empinada y resbaladiza. Se trata de un río de lava, solidificada. De trecho en trecho, crecen espesos matorrales espinosos que vienen a añadir nuevos obstáculos a la escalada —describió el jefe de vigilantes —. Cuando los del helicóptero nos llamaron por radio, dándonos cuenta del sorprendente hallazgo, quise verlo con mis propios ojos…

—¿Y…?

—Nos costó casi dos horas remontar esos cuatrocientos metros. El coche estaba en una plataforma lisa de unos sesenta metros de diámetro. Por delante, una caída vertical de unos treinta metros; por detrás, un farallón agrietado que es preciso escalar con cuerdas… No, el coche no pudo llegar allí de ninguna manera por sus propios medios. ¡De ninguna manera!

—¿Y el coche?

—Estaba absolutamente intacto, con las llaves de contacto en su sitio y la tienda de campaña plegada —respondió Guy—, No tenía ninguna abolladura, ni mostraba alguna otra señal de violencia. El equipo cinematográfico de Jack estaba sobre el piso del vehículo. Buscamos manchas de sangre, por si acaso, pero no las hallamos, ni en el coche, ni en el exterior

Claire meditó durante unos instantes.

—Está bien. Vaya a hacer lo que sea y partamos cuanto antes —rogó.

Edwards salió y volvió a los pocos minutos.

—Vamos allá —decidió—. Almorzaremos en Klain Gorge.

Salieron.

El sol, brillante, arrancaba destellos de la carrocería de la magnífica caravana de Jack Maninway, aparcada en la parte posterior del edificio de guardabosques. Al ver el remolque, inmóvil, Claire se estremeció.

Pero Guy la llevó hasta el garaje y la invitó a subir a uno de los «jeeps». Un momento después, el vehículo abandonaba el garaje y rodaba a buena velocidad a lo largo de un camino forestal empinado.

El panorama era bellísimo. Tras remontar una cadena de colinas, el «jeep» descendió y Claire pudo admirar un amplio valle salpicado de lagunas que brillaban al sol como láminas de pulido metal.

«Verdaderamente hermoso —pensó la joven—. Lástima que las circunstancias no me permitan gozar de este viaje con toda la intensidad deseable.»

Guy conducía a velocidad moderada y fumaba un cigarrillo, cuyas aromáticas volutas acariciaban el rostro de la mujer.

El camino describía numerosas curvas y pendientes, por lo que el jefe de vigilantes permanecía atento a la conducción del «jeep».

De repente, Claire dijo:

—Antes, cuando le hablé de mi pesadilla, usted iba a decir algo, Guy. ¿Por qué calló bruscamente?

El hombre aplastó el cigarrillo en el cenicero lleno de colillas y la miró fugazmente.

—Bueno... No quería preocuparla, Claire. Y además... creo que lo que iba a decir no guardaba ninguna relación con la desaparición de los Maninway —respondió.

Pero la joven no pareció satisfecha con aquella explicación.

E insistió:

—Pero, en fin... ¿Qué es lo que calló?

—Dana Wilmot, sheriff de Fort Klamath, me contó confidencialmente algo: dijo que se había producido una alarma aérea la noche del 24 de julio. Al parecer, los servicios de alerta costera de Brookings detectaron la presencia de una aeronave que no se identificó. Una escuadrilla de «Phantoms» partió inmediatamente de la base de Cape Blanco y trató de interceptar a la misteriosa nave. Inexplicablemente, los pilotos no lograron superar los dos mil metros de altitud, y se vieron obligados a regresar a la base bajo el riesgo de estrellarse. No vieron nada, pero comprobaron que los instrumentos de medida de sus cazas e incluso las turbinas sufrieron serias

anomalías, que tampoco han podido explicarse, por cuanto, ya en las pistas, fueron examinados los aparatos por los mecánicos, los cuales no hallaron ninguna avería. Eso es todo. Le ruego que no hable a nadie de este asunto, que me fue comunicado extraoficialmente y en confianza.

Claire asintió con un movimiento de cabeza.

—Puede confiar en mí, Guy —dijo. Y reflexivamente, añadió—: Estoy de acuerdo: esa coincidencia es intrigante. ¿Qué explicación dieron los militares a todos esos fenómenos?

—Los militares, sobre todo los del arma aérea, suelen callar como momias en estos casos —respondió Edwards—. Pero Wilmot piensa que pudo tratarse de un fenómeno meteorológico. Magnetismo o algo así, ya sabe. Según tengo entendido, a veces los radares toman por naves misteriosas lo que no es otra cosa que capas de la atmósfera particularmente densas o cargadas de electricidad. Estos fenómenos producen perturbaciones que llegan a provocar tremendas confusiones.

Claire se volvió en su asiento.

—¿Sabe una cosa? —exclamó de repente—. Creo que todo eso es muy sospechoso. ¿Por qué mis familiares desaparecieron precisamente en la fecha en que se detectó en el aire la proximidad de un cuerpo extraño?

CAPITULO III

Habían recorrido unos cuarenta kilómetros a lo largo de los intrincados caminos forestales. Imperceptiblemente, los bosques se iban haciendo menos densos y, de vez en cuando, aparecían a la vista promontorios rocosos y riscos erizados.

El «jeep» escalaba una pendiente tras otra fatigosamente.

Llegó un momento en que Guy se vio obligado a reducir la marcha a segunda e incluso a primera.

A pesar de ello, el motor no podía con el coche. Rateaba, daba tirones, parecía que iba a detenerse definitivamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó la joven, alarmada.

Edwards sonrió agradablemente.

—No se preocupe. Según parece, el subsuelo de esta zona debe contener yacimientos de magnetita o quizá enormes filones de mineral de hierro. Lo cierto es que, sea lo que sea, produce perturbaciones en el encendido de los motores. Pero esto sólo ocurre en algunos tramos. ¿Sabe como llaman los klamaths de la reserva de Indian Creek a este efecto?

—¿Qué dicen?

—Que los dioses del subsuelo están irritados por la presencia del

hombre blanco en estas tierras, que pertenecen, según ellos, a los klamaths y shoshones. Así que, si creemos a Joe Wanackah y sus indios, no existe tal magnetita, sino sólo la furia de los dioses, que tratan de hacernos la puñeta —explicó el jefe de vigilantes.

A su pesar, Claire se vio obligada a soltar la carcajada.

—Una Opinión sumamente pintoresco —comentó.

Se pasó un pañuelo por su sudoroso cuello y preguntó:

—¿Falta mucho para llegar a Klain Jorge?

—Unos ocho kilómetros —Guy dirigió un vistazo a su derecha y exclamó—: ¡Pero quítese ese anorak! ¿O quiere pillar el sarampión?

Claire obedeció.

Al desprenderse de la prenda de abrigo, una oleada de perfume femenino dilató las aletas de la nariz del hombre, que se volvió y admiró, con los ojos brillantes, el maravilloso busto de la muchacha, ceñido por un fino suéter tan rojo como el anorak.

Indudablemente, la joven no llevaba sujetador bajo el suéter, pues los pequeños pezones de sus senos destacaban en relieve bajo la malla.

«¿Cómo podrá conservar unos pechos tan altos y enhiestos, sin usar sujetador?», se preguntó Edwards, excitado.

Ella se volvió en ese instante y comprendió la excitación del hombre. Por un momento, Claire estuvo a punto de volver a ponerse el anorak, pero finalmente decidió que alguna vez debería olvidarse de su habitual timidez.

—¿Por qué trajo el anorak? —preguntó el hombre, para romper aquel instante de tensión.

—Me dijeron que la temperatura era muy fresca en estas montañas. Soy una mujer prevenida, ¿sabe? El tiempo puede cambiar de improviso y en un lugar así...

Guy olfateó el aire.

—Creo que tiene razón, Claire —exclamó, al cabo—. El tiempo va a cambiar. Posiblemente, hacia el atardecer el cielo estará cubierto de nubes.

Claire contempló el firmamento, atractivamente azul y completamente despejado.

—¿Cómo puede usted saber tal cosa, hablar con esa seguridad? —preguntó, asombrado—. Estamos en julio, pleno verano... ¡y usted dice que el tiempo va a cambiar!

—Lo percibo en el aire. Ha aumentado la humedad ambiente. Y la experiencia me dice que eso es anuncio de una tempestad inminente —respondió Edwards con sencillez.

Claire le miró, admirada.

—Se diría que domina usted ampliamente la vida en contacto con la naturaleza. Dígame, Guy, ¿siempre vivió aquí? —preguntó.

El hombre mostró al reír una dentadura perfecta, limpia y de

fuertes incisivos y caninos.

—¿Siempre? ¡No! Bueno, casi siempre... —confesó—. Mi padre era el jefe de una factoría maderera en High Pass. Ganaba suficiente dinero y me envió a estudiar a Salem. Pero yo llevaba ya el veneno del bosque en la sangre, así que, cuando terminé los estudios secundarios, planteé el problema a mi padre. Toda su ilusión era que yo ingresara en la academia militar y alcanzase una alta graduación, pues ésa era precisamente su vocación. Ya que él no había podido realizarla por falta de medios, quería que yo llegase a general. Pero yo no amaba la vida militar, pues era excesivamente independiente para vivir subordinado a otras personas. De modo que le hablé claramente. Al principio, mi padre se sintió dolido, pero reflexionó y tomó una decisión justa. Dijo: «Guy, creo que debes elegir aquello que te haga feliz». Y vine aquí.

—Pero estas soledades...

—¿Soledades? —exclamó Edwards—. ¡Mire allí, a las alturas! ¿Qué es lo que ve?

Claire alzó la mirada al firmamento. El fuerte sol de mediodía la cegó momentáneamente, pero entornó los párpados, hizo visera con una mano extendida y miró con interés.

—Veo unos puntitos remotos. ¿Aves?

—Son cóndores americanos. Vuelan majestuosamente allá arriba, durante horas y horas, sin apenas mover las alas... Pero mire ahora hacia allá, al borde de las lagunas. ¿Qué ve?

—Nada —confesó la joven.

—Hay una manada de gamos pastando en la pradera. A su derecha, en aquellas rocas, ¿ve una cueva? —Claire asintió—, Es la vivienda de mamá «Hoong».

—¿Mamá «Hoong»?

—Una vieja osa que nos trajeron de las Montañas Rocosas y que ha llenado el monte de poderosos oseznos... No, Claire: verdaderamente no me siento solo aquí —declaró.

Claire se mordió los labios antes de hacer aquella pregunta.

—No le gustan las… mujeres?

Guy dejó escapar una alegre carcajada.

—¿Que no me gustan? —exclamó. Y su ancho pecho se hinchó de aire—. Me encantan. De vez en cuando viajo a Eugene o Salem, donde tengo varias amigas. Me divierto, si, ya lo creo. Incluso me emborracho algunas veces, con un grupo de amigas y amigos.

—Pero no se ha casado —insistió Claire.

—No he tenido tiempo —dijo él con toda franqueza—. Vine aquí hace ocho años. Y mi trabajo en el Parque me apasionó tanto que ni siquiera pensé en esa posibilidad. Aunque supongo que quizá me case algún día. O tal vez se me pase el tiempo y me convierta en un

solterón empedernido. ¡Hay tantas cosas que hacer aquí...!

Callaron.

Claire pensaba intensamente en el hombretón que conducía el «jeep» a su lado.

¡Qué distinto era Guy Edwards de los hombres que ella conocía! Jim Crestón, tan elegante y relamido; Allan McKoy, que se enfadaba como un chiquillo cuando se le gastaba una broma; incluso el gallardo Tom Malindon, un abogado famoso y acaparador de la atención femenina en las fiestas de sociedad...

Todos ellos parecían hipócritas, pagados de sí mismos, narcisistas y presumidos en comparación con la sencillez, la sinceridad y la solidez viril del jefe de vigilantes del Parque Cráter Lake.

Según iba comprobando, Guy llamaba a las cosas por su nombre y sanseacabó. Si tenía que decir que se había acostado con una mujer en Eugene, lo decía sin parecer grosero. Y si se emborrachaba alguna vez, lo confesaba sin ambages...

De repente, el «jeep» saltó sobre una loma y divisaron una impresionante y profunda hendidura, a través de la cual se extendía el panorama incomparable de un amplio valle soleado, cuyas praderas y colinas se perdían hacia el sur en el neblinoso horizonte.

—Esto es Klain Gorge —anunció Guy en ese momento.

A la derecha, sobre una ladera pedregosa y poblada de matorrales, se erguía una gran cabaña de madera, coronada por un elevado puesto de observación, en lo alto del cual se veía una antena de radio. En la cabina elevada, un guardabosques les saludó agitando una mano.

—Es Dick O'Brien, del servicio contra incendios. Bajará en un momento —dijo Guy, al tiempo que el «jeep» se detenía junto a la cabaña y ambos descendían del vehículo

Cuando llegaban a la casa, un hombre fornido y de baja estatura que vestía el uniforme de los guardabosques, descendió una escala de hierro y se reunió con ellos.

—Esta es la señorita Claire Kyne, Tom —dijo Edwards con sencillez. Y cuando O'Brien apretó rudamente la mano de la joven, preguntó—: ¿Hay alguna novedad?

—Todas las patrullas han enviado sus mensajes. Se reunirán aquí al anochecer. No, lo siento, no han hallado nada... Entre, por favor, señorita Kyne. Tengo dispuesta una sopa de ganso y un poco de carne asada. Siento no poder ofrecerle nada mejor.

—Todo un festín, Tom —respondió la muchacha, agradecida. Y rogó—: Por favor, llámeme Claire.

—Encantado, señorita... Es decir, Claire. Es una hermosa sorpresa: hacía mucho tiempo que no venía por aquí una joven tan guapa... a excepción, quizá, de la señora Maninway.

—Es... es mi hermana —murmuró Claire, súbitamente devuelta a la cruda realidad por el comentario del guardabosques.

La sopa de ganso que preparaba O'Brien exhalaba un aroma penetrante, suculento. A su pesar, Claire comió con excelente apetito y se bebió medía botella de cerveza.

Poco después, O'Brien volvió a su puesto de observación y Guy guió a Claire hasta los establos.

—¿Sabe montar? —preguntó el hombre.

—He montado algunas veces, en el Bradley Ranch, de Seattle, donde íbamos a pasar algunos fines de semana. Pero ya hace tiempo que...

—No se preocupe. Montará a «Hiisey»... ¿La ve, allá al fondo? Es un animal noble y reposado. No le causará problemas.

Ensilló a «Hiisey» y a un caballo tordo de poderosa alzada, rápida y diestramente. Luego en el exterior, ayudó a montar a Claire y se colgó al cuello un radio-transmisor. Tras cual, metió un rifle en el arzón e invitó a Claire a que cabalgara a su altura.

O'Brien les despidió con un penetrante «¡heeeey!» cuando se alejaron, trocha adelante.

—¿Para qué ese rifle? —preguntó la joven, alarmada.

—¿El rifle? Oh, nunca viene mal tomar precauciones. Normalmente, no existe peligro con los osos y menos en esta época del año, en que disponen de alimento suficiente. Pero nunca puede uno confiarse. Si no hay que utilizarlo, tanto mejor.

Claire taloneó a su yegua para ponerse a la altura del hombre, que cabalgaba tan airosa y fácilmente como si hubiese nacido a caballo.

—Guy, he estado pensando algo, durante el camino...

—¿De qué se trata?

—Es sólo una sospecha. ¿Pudo alguien sorprender a mis familiares con... con malas intenciones?

—¿Se refiere a la posibilidad de que unos criminales les asaltasen y asesinasen? —exclamó Edwards con su característica rudeza.

—Sí, exactamente.

—¡Qué tontería! —exclamó él—. Los maleantes, querida señorita Kyne, están en las ciudades. No tenemos bandidos por estos contornos. ¿Qué podían obtener aquí? Antes había cazadores furtivos, pero ya no. Saben que el Parque está bien vigilado y que, en caso de ser detenidos, irían a parar a la cárcel. No piense en ello. Aleje esos pensamientos de su cabeza. Naturalmente, la desaparición de la familia Maninway tiene que tener una explicación, aunque hasta ahora no hayamos dado con ella. Es posible que hayan sufrido un accidente; a estas alturas no podemos desechar tal posibilidad. Pero sé que Jack Maninway no es la clase de persona que sufre un accidente estúpido por imprudencia o

falta de cálculo. Por cierto, acabo de recordar lo que les ocurrió a los Weaver, hará ahora unos tres años…

Claire giró vivamente la cabeza en dirección a su acompañante.

—¿Los Weaver? ¿Quiénes eran? —preguntó, con gran interés.

—Clive y Anne Weaver, una pareja de recién casados, ecologistas, que decidieron pasar su luna de miel en este Parque. No traían otra cosa que sus motocicletas y una tienda de campaña. Eran… un poco «pasótas», ya me entiende.

—¿Qué les ocurrió?

—Estuvieron recorriendo ruidosamente los bosques por espacio de dos semanas. Yo los vigilaba discretamente, lo confieso. Pero no me dieron ningún dolor de cabeza. Como las distancias son largas dentro de Cráter Lake, a nadie puede impedírsele que utilice una motocicleta para trasladarse de un lado a otro, aunque sería muy recomendable que esas máquinas no fueran tan ruidosas.

Claire escuchaba atentamente, pero le impacientaban las largas y detalladas explicaciones del jefe de vigilantes.

—Pero, ¿qué les sucedió?

—A eso iba. De repente, desaparecieron. Era en octubre y estos vericuetos son peligrosos cuando llega el otoño, pues la niebla se pega a las gargantas y hondonadas y cualquiera puede extraviarse. Lo cierto es que comencé a preocuparme por ellos. Consulté a los vigilantes de los distintos accesos que tiene el Parque, pero todos ellos dijeron que no habían visto salir a los Weaver. Además, él me había entregado quinientos dólares para que se los guardase hasta que dieran por terminadas sus vacaciones.

—¿Y…?

—Se dio la alarma, como en este caso. Y comenzamos a buscarles por los bosques, las cresterías, los desfiladeros y las vaguadas. Transcurrieron siete días. Ya les dábamos por irremisiblemente perdidos, cuando aparecieron de improviso. Delgados, pálidos y… hambrientos —relató Guy. —Pero… ¿dónde habían estado?

—Descubrieron unas cuevas en las cárcavas de Mount Irakian. Lograron subir allí con sus «motos», y, como llovía, decidieron permanecer un rato, mientras escampaba, en tan natural refugio. Según dijo Clive, descubrieron unos hongos en el fondo de la caverna. Los hongos habían nacido sobre estiércol de murciélagos. Que abundan en esta zona. Clive había estado en México y conocía esa clase de setas, que algunos ingieren como alucinógeno. ¡Y eso fue lo que hicieron» Imprudentemente, las asaron y las comieron. En la lumbre sobre una lata, desecaron otros hongos y se los fumaron con tabaco rubio. Drogados, perdida la voluntad, permanecieron todo el tiempo en la cueva. Cuando se despertaban, volvían a ingerir hongos y a fumar las setas desecadas.

—¡Dios mío, qué locura! Pudieron despeñarse, pudieron...

—Sí, efectivamente. Pero no fue ése el único peligro que corrieron. Pudieron morir de inanición. O deshidratados, pues sólo tenían una cantimplora de dos litros, que consumieron el primer día. No sé cómo pudieron sobrevivir. Quizá esos hongos contenían suficiente agua.

Claire suspiro.

—Esa imprudencia, ¿tuvo consecuencias para ellos? —preguntó, luego.

—¡Ninguna! Naturalmente, los abronqué a ambos. Hice venir a un médico, que los reconoció y les recomendó que se hicieran hospitalizar, para observarlos. Pero Clive me pidió sus quinientos dólares, montaron en sus máquinas y se marcharon. Les advertí que, a partir de allí, la entrada a Cráter Lake les estaría vedada y ellos parecieron conformes. Pero, según parece, se lo tomaron a chunga.

—¿Por qué? —quiso saber la joven.

—Cada Navidad me envían una tarjeta de felicitación. Y de paso me recuerdan «los maravillosos días que pasaron aquí» —respondió Edwards, con una sonrisa irónica bailándole en los labios.

CAPITULO IV

De pronto, Claire tiró de las riendas y la yegua se detuvo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Edwards, extrañado.

—¡Se ha nublado! —exclamó ella, sorprendida.

Guy elevó el ala de su sombrero y miró sin prisas a lo alto.

En efecto, el firmamento se había cubierto de nubes blanquecinas que eran arrastradas raudamente por el viento.

La temperatura había descendido varios grados y la brisa que acariciaba el rostro de Claire era fresca y húmeda.

—Ya se lo dije —observó el hombre, con sencillez—. Probablemente, la tormenta no estallará antes de mañana.

Guy taloneó a su cabalgadura y Claire le siguió.

Cabalgaban ahora al paso a través de un estrecho sendero entre los espesos matorrales. De cuando en cuando, tobas volcánicas de color negruzco aparecían entre la vegetación como gigantescos borborismos escupidos por las fauces de la tierra.

El terreno cambiaba a medida que ascendían. Los bosques habían quedado definitivamente atrás y la vegetación que se ofrecía ahora a sus ojos estaba compuesta apenas por raquíticos arbustos y frondosos matorrales espinosos.

Luego cruzaron por el fondo de una hendidura rematada en lo alto por riscos aguzados y los cascos de los caballos golpearon sonoramente sobre un río de lava de color rojizo.

Más allá, Guy Edwards se detuvo en una posición elevada. Sin que Claire tirara de las riendas, «Hiisey» se detuvo junto al caballo del jefe de vigilantes.

Desde allí se divisaba un panorama verdaderamente estremecedor. Ríos de lava de colores que iban desde el negro oscuro hasta el amarillo bermellón, pasando por el rojo encendido y el gris verdoso, descendían desde las alturas.

A izquierda y derecha, se divisaban cataratas de lava col gantes de las alturas, pequeños cráteres y bocas de lodo, ya enfriadas a lo largo de siglos y siglos.

El paisaje causaba una sensación de honda desolación. Sin poderse contener, Claire se estremeció.

—Póngase el anorak —sugirió su acompañante, volviéndose hacia ella—. Empieza a refrescar.

—Ya veo que se salió con la suya —bromeó ella—. El cambio meteorológico no se hizo esperar.

Pero él estaba poniéndose también un grueso chaquetón de piel.

—¿Dónde está Mount Kenny? —preguntó ella, de improviso.

—Estamos en sus laderas —respondió él, elevando la mirada hacia las alturas, ocultas bajo los blancos jirones de niebla—. Ascenderemos un centenar de metros. ¿Está segura de que quiere subir hasta allá arriba?

Claire asintió animosamente.

—Absolutamente segura —respondió.

De estar sola en aquel lugar, se hubiera sentido temerosa y vacilante. Pero la compañía de Guy Edwards le daba la suficiente seguridad para arrostrar cualquier peligro.

Los caballos escogieron su propio camino cuando los jinetes talonearon sus ijares.

En ocasiones, las herraduras resbalaban y los animales parecían a punto de caer.

—No tema. Estos caballos conocen perfectamente los vericuetos de Mount Kenny y están perfectamente adiestrados para resistir la escalada —dijo Guy.

El viento azotaba los ya escasos matorrales y empujaba con fuerza a los jinetes. Pero los caballos seguían ascendiendo sin detenerse, aunque arrojasen bocanadas de vapor por los ollares.

De repente, el caballo de Edwards se detuvo.

—Está allá arriba —indicó Guy, señalando una cornisa que se elevaba por encima de sus cabezas no menos de treinta o cuarenta metros.

Al ver que el hombre desmontaba, la joven hizo otro tanto.

Guy consultó su reloj.

—Tenemos suficiente tiempo —observó—. Ahora son las cuatro

de la tarde y llegar a esa plataforma nos llevará menos de una hora. ¿Quiere tomarse un respiro?

—Fumemos un cigarrillo —respondió Claire—. No suelo fumar mucho, pero ahora lo necesito.

Edwards sacó un paquete de «Chesterfield» sin filtro y se lo ofreció. Por supuesto, el viento apagó la llama del mechero y entonces Guy se desabrochó el chaquetón y atrajo a la muchacha para que encendiera al abrigo del viento.

Ella aspiró inconscientemente el olor corporal de Edwards y pensó complacida: «Huele a hombre. Simplemente, a hombre »

Encendieron los cigarrillos y fumaron, de espaldas a la cumbre.

—Esa historia... la de los Weaver, me ha dado un poco de ánimo —confesó Claire—. Aunque me parece absurdo imaginar que Jack y Sally pudieran haberse drogado con esos hongo» mexicanos...

Guy dejó escapar una alegre carcajada.

—Tiene razón. Jack Maninway no me parece precisamente la persona capaz de dedicarse a semejante experiencia. Ni tampoco Sally... quiero decir, la señora Maninway —comentó.

Claire alzó la mirada hacia el hombre.

—Guy, ¿por qué no nos tuteamos? —propuso.

El hombre se inmutó. Pero su vacilación sólo duró un segundo.

—No me atrevía a proponértelo —confesó—. La verdad es que yo prefiero tratar de tú a las personas que son de mi agrado. Eso es lo que ocurre con mis hombres: todos nos tuteamos. Y sin embargo, no tengo quejas de ellos: todos me guardan más respeto del que probablemente merezco.

A Claire le brillaron los ojos de pura admiración. Ese era Guy Edwards, siempre tan directo y sincero.

El se agachó y ella le imitó.

—Dime una cosa, Claire: ¿tienes algún amigo? Quiero decir, eso que llaman «un novio» —preguntó él, de improviso, mirándola rectamente y con gran interés.

—¿Amigos? Bueno, tuve amigos cuando estudiaba. Incluso mantuve algún fugaz «flirt» con uno de ellos, Ted Melrose. Pero era un tipo intrascendente y me aburría. Lo dejamos sin llegar a intimar verdaderamente. Después... Bueno, creo que me ha pasado algo muy parecido a lo tuyo: apenas he tenido tiempo para otra cosa que para trabajar.

—¿Es agradable tu trabajo? Quiero decir... ¿te satisface?

Claire arrojó una bocanada de humo al aire. Las volutas flotaron un momento entre ambos, indecisas, pero en seguida el viento las arrastró lejos.

—Es una pregunta que me pilla de improviso —confesó, desorientada—. En realidad no sé si mi trabajo resulta agradable,

aunque llena todos mis anhelos… Cuando terminé la carrera, me especialicé en la enseñanza de niños subnormales. Me lo propuse a mi misma cuando murió Zane…

—¿Zane?

—Mi hermano menor. Zane era mongólico y murió a los doce años. Entonces yo estudiaba Magisterio. Quizá la muerte de mi pobre Zane influyó para que yo me decidiese a educar a los subnormales. Eso es lo que hago en la Escuela Especial de la Fundación Craig, en Seattle.

—¡Qué interesante! —exclamó el hombre, vivamente sorprendido —, Ahora comprendo que me gustases desde el primer momento. Quiero decir… entre mis amistades no suelen contarse las personas intrascendentes, que toman la vida como un juego fútil…

Se puso en pie con sorprendente facilidad y pisó la colilla de su cigarrillo.

—Bueno vamos. Se está haciendo tarde —habló, como con prisas. Miró a Claire con insistencia y preguntó—: ¿Estas segura de que podrás subir allá arriba?

—El montañismo es mi hobby —respondió ella, animosa—. Vamos allá.

Guy ató los caballos a una gruesa raíz y descolgó de su montura una larga cuerda muy resistente.

—Yo subiré primero hasta aquella grieta —señaló una hendidura en la lava solidificada. El resto ya lo sabes: pasa el cabo alrededor de tu cintura y sube.

Ella le vio hacer cuando Guy saltó con admirable agilidad sobre las rocas y comenzó a gatear sin detenerse.

Un momento después, al oír el grito de aviso del hombre, Claire ascendía también.

Cuarenta y cinco minutos de penosa ascensión —el viento en contra les perjudicaba— les llevaron hasta el borde del promontorio.

Una vez arriba, Claire dirigió una ansiosa mirada al «Ford»-ranchera que ocupaba el centro de aquella casi lisa plataforma de unos cincuenta metros de diámetro.

Paso a paso se acercaron al vehículo.

—¿Puedo echar una ojeada? —preguntó con timidez.

—¿Por qué no? Dana Wilmot y sus hombres ya estuvieron inspeccionando el coche. Incluso trataron de descubrir huellas sospechosas, pero no las hallaron —respondió el hombre.

Claire se acercó con cautela. Echó una ojeada al interior del coche y luego, de golpe, abrió la portezuela.

Llevada por un impulso incontenible, dio al arranque y el motor zumbó suavemente. Luego cortó el encendido y pasó al otro asiento.

En el bolsillo interior de la portezuela, halló el cuaderno de

campo de su sobrino, Perry Maninway.

Llena de ansiedad, comenzó a hojear las páginas del cuaderno.

—Me gustaría saber qué buscas —dijo Edwards a su espalda.

—Para tener sólo doce años, mi sobrino Perry es un chico muy despierto y un formidable observador —respondió ella, saliendo del vehículo con el cuaderno en la mano—. Estoy segura de una cosa: si Perry advirtió algo insólito, seguro que lo anotó. Mira esto.

Mostró las cuidadosas anotaciones hechas por Perry en el cuaderno. Había escrito todas sus vivencias del viaje, día por día, a partir del veinte de julio. *«En el camino a Crater Lake, un formidable alce se cruzó ante nuestro coche —había escrito—. Papá frenó y filmó los movimientos del animal en Super-8 y color hasta que el alce lanzó un sonoro mugido y se alejó á través del bosque...»*

Seguían otras anotaciones, hasta el día 23.

Desconcertada, Claire extrajo unas finas tiras de papel del espiral de alambre que sujetaba las hojas del cuaderno.

—¡Qué extraño! —exclamó—. ¡Perry arrancó dos hojas de su bloc!

Dominada por un impulso irresistible, Claire abrió la portezuela y se introdujo en el coche. Buscó en el bolsillo de la portezuela y volvió a salir. Traía en las manos dos hojas de cuaderno, completamente arrugadas.

Fascinada, comenzó a leer:

> *«DIA 24 de JULIO.*
>
> *Hemos llegado a la zona de los volcanes. Papa se ha metido en el coche y está revelando algunas de sus películas. Bella recoge minerales y mamá trata de sintonizar un programa de radio.*
>
> *AI atardecer, fui a dar un paseo.*
>
> *¡¡LOS HE VISTO!! Estaban en la ladera de Mount Kenny y estaban recogiendo algo del suelo.*
>
> *Los he observado sin que ellos lo advirtieran. La verdad es que he sentido miedo. ¡Son tantos y... tan distintos! Pero me parecen inofensivos.*
>
> *Mañana volveré a verlos.»*

Una anotación posterior decía:

> *«Me siento triste y disgustado. Papa me ha reñido Dice que tengo una imaginación descabellada y que en esto me parezco a tía Claire. Le he contado mi encuentro con ELLOS, pero no se lo ha querido creer y me ha regañado. También me ha dicho, muy serio, que si vuelvo a elucubrar esas historias, el próximo verano me quedaré sin vacaciones. Pero yo sé que es verdad. ¡ELLOS estaban allí en la ladera sur de Mount Kenny!»*

CAPITULO V

Guy, que había estado leyendo las anotaciones del cuaderno de Perry por encima del hombro de la muchacha, se agitó, muy inquieto.

—¿Qué quiere decir todo eso? —murmuró, desconcertado.

Claire se volvió hacia él.

Su rostro había palidecido y sus labios, siempre frescos y rojos, aparecían ahora exangües.

—No lo sé —respondió lentamente.

Y luego, reaccionando, gimió:

—¡Dios mío, no puede ser verdad!

—¿Verdad? ¿A qué te refieres?

—A que se los hayan llevado —respondió Claire, estremecida.

—Pero, ¿quién, quiénes? —se impacientó el hombre.

—¡*Ellos*! Perry no les da otro nombre. Cuando se refiere al encuentro que tuvo con esos seres, dice sencillamente *ellos* —respondió Claire, con voz vibrante en la que latía un trémolo de angustia e incertidumbre.

Guy la tomó por un brazo.

—¡Vamos, vamos, Claire! —susurró—. No hay que darle a esas anotaciones una trascendencia que no tienen. Creo que Jack Maninway tomó las declaraciones de Perry como lo que realmente eran: imaginaciones de un chico un tanto...

—¿Fantasioso? —replicó ella, airadamente—. Pues quiero que sepas una cosa: Perry es un muchacho excesivamente cerebral, frío y observador. Posee un carácter tan equilibrado que para si quisieran muchos adultos que se las dan de sensatos… Para que lo comprendas de una vez: Perry es incapaz de escribir o decir una mentira. Si escribió esto es por que vio algo que le llamó poderosamente la atención.

Había gritado, al tiempo que iba en aumento su excitación. De pronto, Claire se dio cuenta de que su actitud era incorrecta y se sintió acongojada y llena de remordimientos.

—¡Oh, lo siento, Guy! ¿Qué pensarás de mí? Discúlpame —suplicó.

—No hay nada que disculpar. Es comprensible que te sientas excitada tras la desaparición de los cuatro miembros de tu familia—respondió el hombre. Y propuso—: Calmémonos. Quizá yo mismo he provocado el estallido de tus nervios con mi comentario sobre Perry.

El viento soplaba, huracanado.

Guy alzó la mirada y vio los núcleos tormentosos que se aproximaban raudos hacia las cumbres de las elevaciones próximas.

—Creo que la tormenta estallará mucho antes de lo que yo

suponía —advirtió—. Si quieres registrar el coche, hazlo pronto. Vamos a bajar.

Claire se guardó apresuradamente el cuaderno y las notas en un bolsillo de su anorak y volvió al coche de su cuñado.

Volvió al cabo de unos instantes, llevando una magnifica cámara de cinc en las manos.

—¿Te interesa eso? Supongo que vale demasiado dinero para dejarla ahí —comentó el hombre.

Pero Claire estaba seria.

—No es por su valor, Guy. Acabo de descubrir algo que me preocupa —respondió.

—¿De qué se trata?

—Las pilas de alimentación del tomavistas están completamente descargadas. Y ello significa que Jack estaba filmando cuando... Bueno, cuando ocurrió lo que fuera cuando… desaparecieron o fueron secuestrados. El resorte que pone en marcha el motor de la cámara quedó enganchado y la máquina siguió funcionando por si misma hasta que las pilas se agotaron por completo.

—No comprendo adónde vas a parar…

—Sencillamente: es posible que la cámara filmara algo interesante cuando Jack no estaba en situación de detenerla. Y si es así, lo descubriremos fácilmente. No hay que hacer más que revelar el rollo de película —explicó ella.

—Muy interesante —añadió Edwards—. Pero ahora será mejor que descendamos.

Claire se colgó el tomavistas del cuello y emprendieron la bajada. Por fortuna, el descenso fue mucho más rápido de modo que un cuarto de hora más tarde se encontraba al pie del talud, en el lugar donde habían dejado los caballos, que comenzaban a dar muestras de impaciencia, quizá al detectar instintivamente la inminencia de la tormenta.

Montaron a caballo y se alejaron.

Una hora después llegaban a Klain Gorge. Y en cuanto penetraron en el establo, restalló un trueno fragoroso y comenzó a llover.

Tras rodear la cabaña, Claire descubrió la media docena de vehículos todo-terreno alineados en el camino.

—Las patrullas han regresado ya. Esperemos que se haya producido alguna novedad —dijo el jefe de vigilantes.

Por desgracia no era así.

Dentro de la cabaña, una veintena de hombres miraron insistentemente a Claire Kyne. Con sencilla y sincera admiración.

Edwards presentó en pocas palabras a la joven y escuchó los comentarios de sus hombres.

—Nada. Hemos explorado Kole Canvon, las cavernas de las

cárcavas de Mount Irakian, las pedrizas y roquedales de Green Wells y la parte sur de los cráteres. No hemos encontrado nada. Ni siquiera huellas. Vimos algunos lobos en las proximidades de Green Wells, pero en esta época del año no…

Claire adivinó el resto de aquella frase: «En esta época del ano los lobos no atacarían a una persona, y menos a un grupo. Tienen suficiente comida.»

—Está bien. Podéis marcharos —indicó Edwards, cuando hubo cambiado algunos comentarios con sus vigilantes.

Los hombres se despidieron y salieron. Afuera resonaron los escapes de los automóviles y luego la cabaña quedo en silencio.

—¿Un poco de café? —ofreció O'Brien, que observaba a Guy y a la joven.

Claire aceptó con una débil sonrisa. Guy se quitó el chaquetón y se sentó junto al fuego que el guardabosques había encendido en la chimenea.

—Ni que hubiera llegado el invierno de improviso —comentó, haciendo vibrar sus labios en un falso escalofrío. Pero Claire sabía que el hombre sólo trataba de alejar sus sombríos pensamientos.

Mientras tomaba el café a pequeños sorbos, ella dijo de improviso:

—Debí alquilar un coche.

—¿Para qué? —preguntó Edwards.

—tengo que ir a Klamath Falls. Cuanto antes. No estaré tranquila hasta que haya visto esa película. E. incluso después…

Guy sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo de su camisa y le ofreció tabaco y el mechero, mientras él encendía su pitillo con una brasa de la hoguera.

«Está en su ambiente —pensó Claire, observándole—. Bebe su café con parsimonia, extrayéndole el sabor y el aroma sorbo a sorbo. Y le gusta encender su cigarrillo con una sencilla brasa. Esto parece una escena sumamente hogareña, si no fuera porque…»

Guy exhaló una espesa bocanada de humo.

—No necesitas alquilar un coche para nada. Yo te llevaré adonde tú quieras —dijo él—. Además, tus familiares desaparecieron en Cráter Lake y la administración es responsable de ello. De modo que correrá con tu alojamiento, la manutención y los desplazamientos.

O'Brien les observó atentamente. Su mirada socarrona podía traducirse por una frase: «Misterios de las relaciones humanas: acaban de conocerse y ya se tutean… ¿No significará esto el fin de la dorada soltería de nuestro jefe?»

—Muy bien —estaba diciendo la señorita Kyne—, Acepto tu ofrecimiento. Parlamos cuanto antes.

Y se puso en pie impulsivamente.

—Calma, calma —recomendó Guy, parsimonioso dedicado por entero al café y al cigarrillo-. No podremos viajar a Klamath Falls hasta mañana. De todas formas, lo que tienes que hacer allí puede esperar.

—¿Esperar? —se indignó ella, con las mejillas arreboladas—, ¡Hablas de esperar cuando los míos llevan seis días parecidos!

—Cinco. Cinco días —respondió Edwards, calmoso—. Yo los vi por última vez el día 24.

«Chocante», pensó O'Brien, que no les perdía de vista. «Acaban de tutearse y ya están discutiendo...»

Guy arrojó el cigarrillo a las llamas, dejó la taza de café en una mesita tosca y se puso lentamente en pie.

—Claire, tú jamás has salido de Seattle y no conoces la montaña —dijo con su recio vozarrón que hacía vibrar las paredes de la cabaña —. Dentro de una hora, las aguas torrentes cortarán los caminos forestales e interrumpirán las vías que llevan hasta las carreteras. Ponerse en camino en tales circunstancias, es tanto como desafiar a la suerte, pues lo más lógico es ir a parar a un barranco.

—¿Entonces...? —preguntó ella, retorciéndose las manos, muy nerviosa.

—Esperaremos hasta mañana, no hay otra solución —contestó el hombre, sin impaciencia—. Si la tormenta descarga esta noche, mañana las condiciones atmosféricas permitirán volar a Sam Pitcairn. Es el piloto del helicóptero que nos trae el correo dos veces por semana y nos sirve de enlace en caso de emergencia. Mañana es jueves. Pitcairn vendrá mañana, sí las condiciones atmosféricas lo permiten.

—¿Y en caso contrario?

—Pues tendremos que aguardar. Aunque no creo que mucho más de dos o tres días. Las tormentas de verano no suelen durar mucho.

—¡Dios santo, dos o tres días! —se lamentó la joven.

Guy sonrió.

—Es la prisa que os infunde la vida ciudadana. Nosotros, los que vivimos en la montaña, vemos las cosas de otro modo. Si llueve, esperamos a que escampe. Y entretanto, nos reunimos, charlamos o jugamos. Vamos, ponte tu anorak —Claire Se había desprendido de su prenda de abrigo, agobiada por el calor que despedía la fuerte hoguera—. Regresaremos a Old Firtree.

—¿Old Firtree? —preguntó ella, enarcando una ceja.

O'Brien les despidió en la puerta cordialmente y les siguió con la mirada hacia el «jeep» sonriendo maliciosamente

Por fortuna el propio O'Brien había tenido la precaución de colocar la capota de lona del vehículo, porque ya estaba lloviendo torrencialmente.

Claire que se había mojado un poco, se estremeció de frío al acomodarse en el asiento junto a Guy Edwards.

— ¡Brrr! —bufó—, ¡Y pensar que estamos en pleno verano!

—Un poco de agua, nunca viene mal —respondió Guy, cachazudamente. Y puso el motor en marcha.

Durante el camino, el hombre se esforzó en suscitar una conversación con el fin de distraer los tempestuosos pensamientos de la guapa Claire Kyne. Pero no se puede decir que lo consiguiera: aunque el hombre hablaba y hablaba, relatando anécdotas relacionadas con su cargo de jefe del Parque, ella apenas murmuraba de vez en cuando algún monosílabo.

Habrían recorrido unos veinte kilómetros bajo la lluvia a velocidad prudente, cuando súbitamente escucharon aquella extraña trepidación.

Era como una vibración intensísima que agitaba las planchas del vehículo y hería los oídos.

Y luego, de repente, el motor se caló y las luces de los faros se apagaron. La vibración cedió inmediatamente y quedaron a oscuras. Sólo se oía el rumor de la lluvia que azotaba el bosque de coníferas.

—¡Dios mío, lo que nos faltaba, una avería! —se lamentó Claire.

—No creo que se trate de eso. Yo mismo reviso a menudo este vehículo. Además, apenas llevo un año utilizándolo —respondió el hombre sin alterarse.

De algún lugar lejano les llegó el aullido quejumbroso de un lobo. Claire se estremeció en un escalofrío de terror.

—Cálmate. Llevo el rifle en el asiento trasero —susurró él, pasándole un brazo por encima de sus hombros.

Y la joven se calmó inmediatamente.

Luego Guy tiró del freno de mano, puso en punto muerto la palanca de cambio de marchas y dio al arranque.

No se produjo la menor reacción. Ni sonó el característico «gsss» de la puesta en marcha, ni se encendieron las luces.

—Tendré que rendirme a la evidencia —suspiró Edwards—. Tienes razón: tenemos avería. Por desgracia, no puedo bajar ahora a inspeccionar el motor, pues el delco y los terminales se mojarían y el remedio sería peor que la enfermedad. Esperemos unos minutos. Quizá algún cable de la batería se ha desconectado. Si cede un poco la lluvia, bajaré a investigar. De momento, no hay por qué preocuparse. Si no soy capaz de reparar la avería, llamaré por radio a Old Firtree y vendrán a recogernos con otro coche.

Callaron. Dentro del automóvil y rodeada por las tinieblas, Claire apenas podía percibir otra cosa que los latidos de su propio corazón, un tanto precipitados.

Luego, de improviso, se oyó un jadeo próximo y resonó un aullido

escalofriante que obligó a respingar a Claire sobre el asiento.

—¡Dios mió! —susurró, despavorida. Y se aferró al hombre con todas sus fuerzas.

Su cuerpo buscaba la proximidad protectora de Guy y éste sólo tuvo que inclinar la cabeza para que sus rostros se rozaran y sus labios se unieran en un beso apasionado y absorbente.

Luego sonó la voz susurrante del hombre:

—No tengas miedo. La vida en la montaña me ha dado la suficiente experiencia para comprender el lenguaje del bosque y de sus criaturas. Esos lobos no son peligrosos. Sienten ya la llamada del celo. Pronto, los machos irán eligiendo a las hembras y disputándoselas. Todo lo que ocurre ahí fuera es natural. Pero no hay ningún peligro para nosotros. Confía en mí.

Los minutos pasaron lentamente.

Claire seguía aferrada a Guy. Por nada del mundo se hubiera separado de la cálida proximidad del hombre. ¿Era simple necesidad de sentirse protegida? Lo cierto era que Claire se sentía muy cómoda abrazada al hombre, sintiendo el tacto de su rudo mentón sobre la frente y aspirando aquel olor que exhalaba su cuerpo, tan limpio y natural.

Los aullidos de los lobos se alejaron. Pasado un tiempo, Guy dijo:

—Parece que la lluvia es más intensa. Saldré a echar una ojeada al motor.

Y encendió una linterna.

—¿Por qué no la encendiste antes? —preguntó ella, vivamente.

Edwards rió entre dientes.

—Quería tener una excusa para besarte —respondió.

—¡No me irás a decir que provocaste la avería para conseguir tus propósitos! —clamó, colérica.

—¿Cómo puedes pensar tal cosa? —protestó él, mirándola fijamente—. Baja conmigo. Tú misma comprobarás si he manipulado las cosas a mi favor.

Salieron al exterior y alzaron el capot del «jeep». Una rápida inspección de los terminales de la batería y del motor les convenció de que nada anormal había allí.

Extrañado, Edwards volvió al coche, dio el contacto y ¡las luces se encendieron y el motor zumbó, potente!

—¿Qué esperas? —exclamó él—. ¡Sube o te pondrás como una sopa!

No se hizo repetir la orden.

Sin embargo no podía evitar la sospecha… ¿No habría provocado Guy la avería a propósito?

CAPITULO VI

Sam Pitcairn hizo descender su helicóptero sobre la explanada próxima al refugio de Old Firtree. Eran las diez de la mañana.

Como Guy Edwards había previsto, durante la noche, había descargado una violenta tormenta, pero, al amanecer, el cielo se aclaró y dejó de llover.

La tierra exhalaba un aroma fragante e intenso y una ligera brisa alborotaba los cabellos de Claire, que había salido a ver el descenso del helicóptero.

—¿Por qué estás tan callada? —acababa de preguntarle Guy.

Dio una excusa. Se sentía destemplada, quizás se habría resfriado. Pero no era verdad: sencillamente se sentía furiosa y, lo que era peor, celosa.

La noche anterior, cuando llegaron al refugio, Guy y ella se habían reunido en un gran salón con los guardabosques y sus esposas. Y en seguida una bella muchacha morena había venido a saludarles y, de paso, a provocar descaradamente al jefe de vigilantes.

Se trataba de Linda Welles, la hermana de una de las esposas de los vigilantes de Cráter Lake.

Una soberana coqueta, en opinión de Claire, aunque también una muchacha preciosa, que atraía eléctricamente a los hombres.

Linda había bebido tanta cerveza como los hombres e incluso había contado algunas historias subidas do tono, siempre relacionadas con aquel hombre al que la joven se comía con los ojos: Guy Edwards.

Ahora Claire comprendía perfectamente que Guy no se hubiera casado a sus treinta y dos años... ¡teniendo a su disposición mujeres tan atractivas y propicias!

Pitcairn, un joven moreno, ágil y esbelto, saltaba en ese momento a tierra, mientras las aspas del helicóptero seguían girando lentamente en el aire.

—Espera aquí. Hablaré con él —advirtió Edwards.

Claire vio cómo el jefe de Old Firtree se reunía con el piloto y éste miraba hacia ella y sonreía afirmativamente.

Inmediatamente, Guy regresó junto a ella.

—Sam está de acuerdo, pero sólo puede llevar a una persona, pues la carga que lleva en el helicóptero no da para más. ¿Qué piensas hacer una vez revelada esa película? Si vas a volver, Pitcairn vendrá otra vez el próximo lunes. El podría traerte aquí. Di, ¿cuáles son tus proyectos? —insistió él.

¿Por qué le escocían los ojos, por qué sentía ganas de llorar...? Sin embargo, Claire apretaba los labios tozudamente y desviaba la mirada para esquivar los ojos del hombre.

—No lo sé —respondió al cabo—. Tal vez vuelva... ¿Qué otra cosa

puedo hacer hasta saber qué les ha ocurrido a los míos?

—Ten confianza —susurró él, y trató de tomarla por un brazo, pero ella se desasió con violencia, caminó a paso vivo hacia el helicóptero y aceptó la ayuda de Pitcairn para subir al aparato.

Un momento después, el helicóptero se alzó velozmente Guy movió una mano en señal de despedida, pero Claire Kyne dirigía tenazmente su mirada hacia adelante. En seguida el aparato ascendió y se perdió en la distancia

* * *

Claire llegó a la mañana siguiente a Old Firtree, conduciendo un viejo «Dodge» todo terreno.

Edwards no estaba en la oficina, pero el operador de radio le envió un mensaje y el jefe del Parque llegó en su «jeep» una hora más tarde.

Fue ostensible su alegría al encontrarse con la señorita Kyne en su oficina.

—¡Claire! Pero, ¿cómo has vuelto tan pronto? —preguntó él satisfecho.

—Alquilé un coche, eso es todo. No estaba dispuesta a esperar hasta el lunes. Además, Pitcairn es un fresco.

Guy dejó escapar una estentórea carcajada.

—¡Ese granuja de Sam! —exclamó, brillantes los ojos—. De todas formas, no me extraña que intentara propasarse contigo. Se cree un verdadero donjuán, un conquistador irresistible… ¿Qué ocurrió?

—Nada importante, porque le di con mi bolso en las narices en cuanto sus manos y su lengua se volvieron excesivamente osadas… ¿No quieres ver la película?

La sonrisa se borró de los labios del hombre.

—¿Hay… hay algo interesante? —preguntó, con gran ansiedad.

—Tú juzgarás. ¿Dispones de alguna habitación donde podamos realizar la proyección? —preguntó ella.

Edwards empujó la puerta de detrás de su mesa.

—Aquí. Sólo hay una ventana. Bajando la persiana de cremallera, habrá oscuridad suficiente. También hay una mesa y un muro absolutamente desnudo. Ven.

En unos minutos estuvo preparada la proyección. Antes de poner en marcha el proyector que había adquirido en Klamath Falls, Claire advirtió:

—Al principio, hay unas imágenes muy bellas de animales. Pero eso no me interesa ahora. ¿Sabes qué comentó el técnico que reveló el rollo de película? Me preguntó si me dedicaba a tomar secuencias de ciencia-ficción. Y su asombro estaba justificado.

A Edwards se le secó la garganta.

—Bien. Adelante —dijo. Y apagó la luz.

El pequeño rectángulo luminoso se encendió sobre la pared frontera.

E inmediatamente, la cámara tomó la ladera sur de Mount Kenny. El *zoom* acercó la imagen vertiginosamente y permitió ver aquéllas pequeñas siluetas que hormigueaban en la pendiente.

—¡Por la osa Hoong! —exclamó Edwards—. ¿Qué diablos es *eso*?

—*Eso* es lo que vio mi sobrino Perry y que describió en su «cuaderno de campo». Pero no interrumpas ahora. Y abre bien los ojos —le recomendó Claire.

Indudablemente, Jack Maninway había tomado aquellas imágenes desde el interior de su automóvil, pues en el encuadre se veía una escobilla de limpia-parabrisas.

Centenares, quizá miles de pequeñas siluetas antropomorfas pululaban en la ladera del volcán extinguido.

No iban vestidas. O si lo estaban, sus vestidos se ajustaban a los pequeños cuerpos como una segunda piel.

Con los ojos desorbitados por el asombro, Edwards contempló los rápidos movimientos de aquellas criaturas de un color marrón claro. El *zoom* avanzó más aún, tomando un primer plano de la parte superior de uno de los seres.

Vio unos ojillos diminutos, verdosos, un cráneo liso, una expresión infantil, una naricilla apenas existente, una pequeña abertura que parecía una diminuta boca, unos brazos delgados, con tres dedos, unas piernas cilíndricas, que se doblaban de forma insólita, como si fueran de material flexible...

—¡No es posible! —exclamó con voz apagada. Y repitió, más bajo aún—: ¡Imposible!

—Te equivocas. Jack no recurrió a ningún truco. Sencillamente, filmó lo que vio. Pero espera. El coche de Jack debía hallarse entre unos matorrales, absolutamente inmóvil... ¿Ves esa rama moviéndose a impulsos de la brisa? Al principio, esas criaturas no vieron el coche, pero ahora... ¡¡¿lo ves?!!

Dos o tres de los enanos se habían acercado peligrosamente. Sus rostros de niños-viejos quedaron fijos, todo su cuerpo se puso rígido.

Luego, súbitamente, se produjo una rara conmoción entre los centenares de seres que pululaban en la ladera de lava solidificada.

Inmediatamente, comenzaron a converger hacia los matorrales que ocultaban el «Ford»-ranchera de los Maninway.

Pronto, una verdadera turbamulta los rodeó. La avalancha de criaturas formaba una espesa muchedumbre que bullía y se agitaba sin descanso.

Sin transición, varios de ellos saltaron como si fueran de goma

sobre las planchas del coche y atisbaron el interior a través de los cristales.

A pesar suyo, Guy se estremeció al contemplar tan de cerca aquellos insólitos rostros que los rayos de un sol poniente hacían brillar como si fueran de plástico pulido.

Luego la imagen vibró y se estremeció violentamente.

Las últimas secuencias sólo reflejaban el piso del vehículo y los pies de Jack Maninway. Al cabo, se borró toda imagen y el rectángulo del muro se tornó negro.

Claire encendió la luz y Edwards parpadeó.

—Una historia fantástica escrita por un niño imaginativo —exclamó la mujer, con sarcasmo.

Guy se frotó los ojos.

—Está bien. Confieso que me equivoqué. Pero, ¿cómo podría aceptar una persona adulta y sensata algo tan… tan extraordinario? —exclamó, trastornado.

Claire desenchufó el proyector y extrajo el carrete de celuloide, que guardó cuidadosamente en su estuche metálico.

—Claire —dijo Guy de repente—. Creo que debes entregar esa cinta a las autoridades.

Ella apretó instintivamente el carrete contra su pecho.

—¿Por qué? —inquirió, desconfiada.

—Sencillamente, lo que Jack filmó puede estar íntimamente relacionado con la segundad nacional.

—Es posible —observó ella, escéptica—. Pero de momento no pienso desprenderme de este rollo revelado. Antes tengo que hacer ciertas comprobaciones.

—¿Qué clase de comprobaciones? —preguntó él, atónito.

—Dime una cosa, ¿qué es lo que hay en la cima de Mount Kenny?

Edwards se rascó, inquieto, la espesa pelambrera castaña.

—¿Arriba? El cráter del volcán tiene algo más de un kilómetro de diámetro. Recoge las aguas de lluvia y forma una laguna muy profunda. Como la chimenea está cegada, el agua recogida se va evaporando lentamente, pues no hay ningún escape. Normalmente, la laguna contiene siempre suficiente agua, incluso en pleno verano. Imagino que anoche recogería una considerable cantidad de agua. Se trata, como ves, de un embalse natural. Uno de los ingenieros de la administración de Parques Nacionales esbozó la posibilidad de que el embalse fuera utilizado en caso de necesidad. En tiempos de larga sequía, por ejemplo. Bastaría con abrir un agujero en el cono del volcán y dejar salir el agua a voluntad.

Hizo una pausa para respirar, miró intensamente a Claire como si pretendiera traspasar su frente y averiguar sus pensamientos, y, finalmente, se agitó, impaciente.

—Excusa mis rudas expresiones, Claire, pero, ¿quieres explicarme qué diablos piensas encontrar allí arriba? —estalló.

La joven se encogió expresivamente de hombros.

—Ni yo misma lo sé. Quiero subir y explorar esa laguna, eso es todo.

Edwards se desesperó.

—Pero es muy dificultoso subir allá arriba. Cuando hay tormenta, las deflagraciones suelen estallar por docenas, allá arriba. Y todo eso supone un riesgo excesivo. Sigo pensando que lo más sensato es entregar ese rollo de película a las autoridades. Ellos la estudiarán y extraerán consecuencias. Reflexiona: los militares e investigadores civiles disponen de todos los medios necesarios —insistió el hombre

Y pidió:

—Dame la cinta. Yo me ocuparé de todo

Pero ella contestó, tercamente apretados los labios-

—¡No!

—Pero, ¿por qué? Este asunto desborda nuestras posibilidades, humanamente hablando.

—A pesar de ello —respondió Claire—. Sé muy bien que si entregamos esta película, se quedarán con ella y jamás volveremos a verla. Llevarán a cabo las investigaciones en secreto y ni siquiera me informarán. Conozco a esas gentes Tienen un miedo atroz a que los demás *sepamos.*

Edwards extendió ambas manos en un expresivo ademán de impotencia.

—Haz lo que quieras.

—Pero ¿no lo comprendes? —clamó ella, yendo hacia el hombre —. Nos dejarán fuera del asunto. Además... supongo que traerán tropas, patrullarán con vehículos, con centenares de vehículos, helicópteros, aviones... Lo revolverán todo. Y quizá...

—¿Qué?

Un velo de tristeza cubrió los hermosos ojos verdes de la joven.

—No sé si Jack y su familia están vivos o muertos. Pero si están vivos, todas esas maniobras no pueden sino perjudicarles —afirmó.

Guy dio un rápido paseo hacia la ventana, alzó la persiana y la habitación se inundó de luz. A través de los cristales, se veían pasar las blancas nubes, veloces.

—Creo que, en definitiva, has visto demasiadas películas de ciencia ficción. Porque lo que tú piensas es que esos... seres mantienen secuestrados a tus familiares. Y que si los militares se acercan a Mount Kenny, registran e incordian, esos repelentes enanos pueden tomar represalias contra los tuyos, ¿no es cierto?

Como Claire asintiera con un leve movimiento de cabeza, el hombre añadió:

—Conozco el argumento. Yo también he visto películas de ciencia ficción. Sólo que para mí son simples creaciones ficticias. Películas, simples películas.

—Pues acabo de ver cómo te estremecías de pánico cuando contemplaste en la pared las secuencias que filmó Jack —advirtió Claire, con fina ironía.

—Bien, si. Todo eso es repelente, por lo que tiene de ajeno a nosotros. Pero bueno —se impacientó nuevamente—. ¿De dónde sacas todas esas extrañas ideas?

—De mi raciocinio lógico —respondió la joven con entereza—. Sigue este pequeño relato, por favor: el día 24 de julio la estación de seguimiento de Brookings detecta la proximidad de una nave inidentificada sobre el cielo de la costa del Pacífico. Los aviones de la base Cape Blanco se elevan de las pistas y no pueden subir a altura superior a los dos mil metros y se ven forzados a volver a su base. Simultáneamente, desaparecen misteriosamente cuatro personas subimos a Mount Kenny y descubrimos los seres del cuaderno de Perry, que describe precisamente a «esas criaturas». Revelamos el film que Jack comenzó a impresionar y descubrimos una escena de pesadilla, aunque real.

—¿Y bien?

—Pienso que ellos descendieron en una astronave, que estaban recogiendo algo que les interesaba, quizá muestras de minerales o de vegetales, vaya usted a saber. Descubren el coche de Jack, se acercan, examinan a las personas que estaban dentro. Y ahí termina todo lo que sabemos, pero no lo que yo pienso.

—¿Y qué es lo que tú piensas?

—Que los secuestraron, que se los llevaron, no sé con qué fin. Quizá, sólo para examinarlos, observarlos, o averiguar si mis familiares eran hostiles o no —arguyó Claire con voz viva y segura—. Eso es lo que creo sucedió —agregó con un suspiro.

Guy la contemplaba con los ojos entornados.

—Bien. Admitamos que todo eso ha sucedido —dijo—. Dime, ¿piensas que se los han llevado, que se han alejado hacia algún punto remoto del Cosmos?

Claire se mostró vacilante.

—No lo sé. Aunque tengo la esperanza de que no haya sido así. La verdad, yo pienso que se ocultan en esa laguna de la cima de Mount Kenny. No lo había pensado hasta ahora, pero la idea surgió cuando tú comenzaste a describirme esa laguna volcánica.

Guy dio un rápido paso hasta la puerta y se volvió.

—No sé, no sé… La verdad es que soy un hombre sencillo, elemental, nada complicado. Este problema quizá sea demasiado dificultoso para mi, pero a fuerza de pensar en ello, incluso parece

lógico, oyéndote. De todas formas, ¿por qué te empeñas en que esa hipotética astronave puede estar sumergida bajo las aguas de la laguna? —quiso saber.

Claire se guardó la película en un bolsillo de su anorak.

—Si te digo la verdad, no lo sé. Es una especie de intuición —súbitamente, su expresión se animó—, ¡Oye! ¿Por qué no consultas a tu amigo Wilmot, el sheriff de Fort Klamath? Es posible que él esté al tanto de las investigaciones de la fuerza aérea respecto a la alarma de la noche del 24 de julio.

—Veamos, veamos. ¿Por qué he de hacer tal pregunta a Wilmot? —preguntó.

—Si la astronave llegó al continente procedente del mar, como parece, debió provocar una nueva alarma al escapar, ¿no? ¿Quieres llamar a Fort Klamath?

Edwards dejó escapar un resoplido. Pero se puso en marcha, caminó hasta su oficina y descolgó el teléfono.

Tres minutos después, sabía lo que a Claire le interesaba.

—Tenías razón, preciosa —dijo con un poco de retintín—. Los militares siguen preocupados. Y no: no se produjo esa segunda alarma aérea. Siguiendo tus razonamientos, la astronave sigue en algún lugar de Mount Kenny.

—¿Lo ves? —se animó Claire—. Estoy segura de que ahora no te negarás a acompañarme a la cima del volcán.

Guy la miró de hito en hito.

—Maldita sea, creo que acabaré cometiendo esa estupidez. Sí, iré contigo.

Se acercó a la muchacha, la tomó por los brazos y susurró:

—Soy un hombre elemental, querida, pero no tanto como para ignorar que, si esos seres repelentes se esconden bajo el agua, tú y yo correremos un peligro evidente.

La besó en los labios frenéticamente, la soltó, dio media vuelta y salió. Claire tuvo que seguirle a la carrera.

CAPITULO VII

Una piedra rebotó desde las alturas, rodó por la pendiente y se disgregó al chocar con fuerza contra una elevación del terreno.

«Hiisey» se asustó, lanzó un relincho agudo y se encabritó Edwards que cabalgaba junto a la muchacha acertó a lomar las riendas de la yegua y evitó que el animal lanzase a Claire al suelo.

—¿Qué ha sido? —preguntó la joven, perdido el color.

—No te alarmes. En la montaña suceden estas cosas. A veces, una simple piedrecilla rueda y provoca el desprendimiento de miles de toneladas de roca. No ha sido nada. Desmonta. Claire. Nos tomaremos

un respiro —indicó el jefe de vigilantes.

Claire obedeció, mientras el hombre sujetaba a la yegua, que seguía machacando el duro suelo con sus cascos herrados, muy inquieta.

La muchacha miró obstinadamente a las alturas. Su visión apenas llegaba a unos cuatrocientos metros, montaña arriba, pues la bruma que llegaba lentamente del Pacífico borraba los contornos de la cima.

Por fin, «Hiisey» se amansó y Guy pudo sujetar las riendas de los dos caballos a un erizado monolito de lava.

El hombre descolgó de la silla la bolsa de las provisiones y buscó con la mirada un lugar a propósito para descansar Lo halló justamente debajo de una de aquellas cataratas de solidificada, cuyos cordones pétreos semejaban columnas de estalactitas. Bajo aquella protección estarían seguros...en el caso de que se produjeran nuevos desprendimientos de rocas.

La joven le siguió, indecisa.

—Quizá debí atender tus recomendaciones, Guy —dijo, pensativa.

—¿Eh?

—Digo que tal vez hubiera sido mejor hacernos acompañar por algunos de tus hombres —observó ella.

Edwards no hizo ningún comentario a esta observación. ¿Para qué? Claire Kyne era demasiado obstinada.

Cuando la joven se volvió, advirtió que el hombre estaba recogiendo ramas y raíces secas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó

—Una pequeña hoguera para que podamos disponer de comida caliente. Hace frío. Por eso traje algunas latas de legumbres y carne —respondió el hombre.

—¡Ni se te ocurra hacer fuego! —saltó ella, vivamente.

Edwards se volvió y la miró fijamente.

—Pero, ¿qué te ocurre? —exclamó, asombrado—. No hay peligro de incendio aquí.

Pero ella insistió:

—No hagas fuego, te lo ruego...

—¿Por qué?

—Podría... podría atraer...

—¿A los hombrecillos de la ladera sur? —se burló él.

—Ríete si quieres Pero te lo suplico: no enciendas lumbre —repitió ella, con tanta intensidad y fervor, que Guy dejó caer el brazado de ramas que había recogido y se reunió con ella.

—Creo que estás asustada —dijo, tras observarla en silencio—, Y en tales circunstancias, lo mejor será dar media vuelta y regresar a Old Firtree.

Claire movió la cabeza con obstinación.

—Que esté asustada no quiere decir que renuncie a la ascensión a la cima del volcán —dijo.

«No hay quien comprenda a las mujeres», pensó Edwards. Y se sentó junto a la joven y comenzó a sacar las viandas de su bolsa de provisiones.

Comieron el contenido de un par de latas de carne y bebieron un poco de vino tinto de California.

Cuando terminaron, Guy expresó en voz alta sus pensamientos:

—Desde luego, debes querer mucho a tus parientes para correr tantos riesgos…

Claire se volvió vivamente.

—Jack es un hombre admirable. Cuando murió mamá, víctima de la leucemia. Sally y él acababan de casarse y yo había iniciado mi carrera. Mamá cobraba una pensión suficiente, pero cuando ella murió me vi sin recursos para seguir estudiando. Mi porvenir no era otro que abandonar los estudios y buscar un trabajo. Pero Jack no lo permitió: se sacrificó para sufragar mis gastos y me llevó a vivir con ellos. Y allí, verdaderamente, encontré todo el calor afectivo que me faltaba.

Recogió los restos de la comida en un bote vacío y lo introdujo en una grieta. Y añadió:

—Se ocupó de mí como un hermano, me asesoró y me infundió su propio espíritu: el de ser útiles a nuestros semejantes. En cuanto a Sally y los niños… Bueno, siempre fueron cariñosos y entregados. Juntos componíamos una familia perfectamente unida. Éramos verdaderamente felices. Y ahora…

Su voz se quebró de angustia. Miró hacia los caballos, que ramoneaban los brotes tiernos de un matorral espinoso, y dijo:

—Por eso, aunque sienta miedo, me lo aguantaré. No voy a descansar hasta saber qué ha sido de ellos.

Guy acarició sus mejillas. Luego se puso en pie y dijo:

—Veamos qué se puede hacer —y se alejó a por los caballos.

Minutos después montaban y se alejaban montaña arriba.

Continuaba la inestabilidad atmosférica. Del Oeste seguían llegando, incansables, espesos bancos nubosos, cuyos jirones se adherían perezosamente a los picachos de los volcanes extinguidos.

Edwards había escogido esta vez una ruta distinta. En lugar de iniciar el ascenso por la cara Este, se había inclinado por la vertiente Norte, menos escarpada y pendiente, aunque el recorrido fuera considerablemente más largo.

A unos mil quinientos metros de altura, las cabalgaduras apenas podían subir ya a través de las empinadas trochas. Guy desmontó y consideró llegado el momento de seguir la ascensión a pie.

Dejaron los caballos en una hendidura abrigada y poblada de matorrales verdes, que los animales podrían ramonear.

Guy se colgó a la espalda una mochila con provisiones, un botiquín de primeros auxilios, linternas y otros útiles. Claire cargó con dos rollos de soga y una bolsa que contenía otros utensilios. Después de que el hombre se colgase el rifle del hombro, comenzaron la escalada.

Durante una hora, ascendieron sin descanso. No necesitaron utilizar las cuerdas ni los demás útiles de montañero hasta que se encontraron a unos seiscientos metros de la cima.

Al fin, se detuvieron a tomar aliento. Se habían sentado sobre un promontorio de piedra pómez, cuando un vibrante chillido les obligó a saltar, alarmados.

—¿Qué ha sido eso? —susurró la joven, despavorida.

Guy no contestó. Pero descolgó el rifle y movió la palanca para introducir una bala en la recámara.

Allá arriba, muy cerca de la cumbre, el viento arrebató las vedijas gaseosas que lamían la chimenea del volcán y la zona quedó despejada por unos segundos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Claire, al observar el fruncimiento de las facciones del hombre.

—No podría jurarlo —respondió éste—, pero me ha parecido ver algo que se movía en las alturas.

Dejó el rifle con sumo cuidado sobre el escalón de piedra pómez y elevó los prismáticos que colgaba de su cuello, junto al pequeño radio-transmisor.

Miró ansiosamente, con los labios entreabiertos y la respiración entrecortada.

Una nube blanca rozó en aquel momento la cima del volcán. Y en seguida brotó un rayo de sol rojizo.

A contraluz, Edwards vio moverse entre las volutas gaseosas tres siluetas gigantescas.

La garganta se le secó inmediatamente. Incluso se atragantó en su ansiedad por llenar los pulmones de aire.

Claire que oteaba también hacia las alturas, se impacientó.

—Pero ¿quieres decirme de una vez lo que estás viendo? —exclamó. Y pidió—: ¡Déjame los prismáticos!

Guy se sacó la correa y le ofreció el aparato sin murmurar una sola palabra..

Claire estuvo atisbando durante unos minutos, pero al cabo devolvió los prismáticos al hombre, decepcionada.

Pero escrutó las facciones del hombre y advirtió el desasosiego que se había apoderado de él.

—No me engañes, Guy —imploró—. ¡Sé que viste algo!

Edwards se aclaró la garganta con un seco carraspeo.

—No lo sé, no estoy seguro. Quizá todo fue un espejismo, un

efecto óptico, provocado por las siluetas de los riscos a contraluz...

—Pero... ¿qué fue lo que viste? —se desesperó la mujer.

Finalmente. Edwards se lo explicó. Y al ver que ella palidecía, que sus labios temblaban, dijo:

—Un fenómeno óptico, ya te lo dije. No hay que preocuparse. Descansemos un rato. Es temprano aún. Sólo son las seis de la tarde.

Pero ella le miró fijamente y planteó:

—¿Crees que nos habrán visto?

Guy tragó saliva.

—No, no lo creo. La distancia es excesiva. Yo tuve que usar los prismáticos para...

—¿Tienes miedo, verdad? —inquirió ella, de pronto.

El hombre asintió con una rápida cabezada.

—Sí, tengo miedo. Pero seguiré junto a ti, hasta donde sea, si es eso lo que te propones —respondió.

Claire le oprimió las manos en un impulso incontenible de ternura.

—Gracias —susurró. Y volvió a sentarse.

De cuando en cuando, Guy se volvía y dirigía su mirada a las alturas. Pero los densos nubarrones que llegaban del océano ocultaban por completo la cima de Mount Kenny

No hablaron. Ni siquiera se atrevían a encender un cigarrillo.

Luego, de improviso, comenzó a lloviznar.

—Saca los impermeables —pidió Edwards. Y Claire buscó en su bolsa y sacó dos finísimos impermeables transparentes, que se pusieron en seguida.

Al cabo, el hombre susurró:

—¿Subimos?

Yella asintió con entereza:

—Vamos.

Ascendieron en oblicuo, lentamente, reservando las fuerzas y deteniéndose cada quince o veinte minutos para recuperar el aliento.

—Tres individuos altísimos, verdaderos gigantes —susurró Claire en uno de aquellos descansos—. Pero, ¿no eran seres diminutos, como enanos?

—Fue un efecto engañoso. El contraluz...

—No trates de engañarme, Guy. Tú estás acostumbrado a la montaña y a los efectos cambiantes de la luz. Además... tú afirmaste que esos cíclopes se movían lentamente entre la bruma. Una sombra es algo estático, sin movimiento.

Guy no hizo ningún comentario. Sólo apretaba firmemente el rifle, que protegía bajo el fino impermeable transparente.

La lluvia arreció entonces. Caía tan copiosamente, que ambos se vieron obligados a agacharse, acurrucados el uno contra el otro para

protegerse mutuamente.

YClaire susurró:

—Guy, creo que me estoy enamorando de ti.

El le oprimió las manos, yertas de frío.

—No pareces muy segura, pero yo sí lo estoy —pronunció él con voz ronca—. Lo descubrí ayer, cuando te marchaste con Sam Pitcairn. Cuando el helicóptero desapareció, sentí un vacío intenso, una sensación que jamás había experimentado antes. Y supongo que eso significa que estoy enamorado de ti.

Claire aproximó sus labios y le besó dulcemente.

—El momento preciso para hacerse el amor —exclamó él, burlón. Y ambos rompieron en una carcajada que descargó la tensión que ambos soportaban.

Al cabo, Claire dijo:

—Es extraño, pero ya no siento miedo. Eres tú quien me da la confianza.

Los ojos de Edwards lanzaron un destello azulado.

—Todo es extraño —susurró—. Nuestro encuentro, la desaparición de los tuyos, este misterioso lugar, los sucesos que nos han obligado a volver a Mount Kenny. En el fondo, todo esto es una locura. Nuestra conducta es absurda, loca atolondrada... Pero me siento a gusto, aquí, contigo, bajo el aguacero.

—¡Y yo! —exclamó ella, ardiente. Luego añadió con voz más serena—: Si todo esto terminase bien, Guy, tú y yo...

Pero el hombre se puso bruscamente en pie.

—Es mejor no pensar en eso. Sigamos ascendiendo mientras sea posible —dijo.

Una expresión entre asombrada y dolorida se reflejó en las bellas facciones de la muchacha. ¿Por qué aquella ruda reacción de Edwards...?

Pero él se había puesto en camino y ella le siguió en seguida, chapoteando en los arroyos que descendían veloces de las alturas.

Resbalaban a veces sobre las resbaladizas pendientes de lava. Incluso Guy cayó rodando en una ocasión y se hirió las manos, al agarrarse desesperadamente a una protuberancia erizada.

Guy no dio importancia a la sangre que manaba de los desgarrones de sus dedos, pero se enfureció al comprobar que su rifle se había partido en dos pedazos. Contempló el desastre durante unos segundos y luego arrojó violentamente los restos lejos de sí.

—¿Qué importa eso? —fue el insólito comentario de Claire—, De todas formas, el rifle de poco te hubiera servido.

Sacó el botiquín de urgencia y curó delicadamente las heridas de los dedos de Edwards, que vendó en seguida. Tras lo cual le obligó a ponerse los guantes.

Prosiguieron la ascensión. Cuando llegaron al pie del liso farallón eran las ocho y comenzaba a oscurecer. La intensidad de la lluvia había cedido un tanto, pero no se había interrumpido ni un solo momento.

Impresionada, Claire contempló el liso talud casi vertical que se perdía entre las nubes.

—¡Guy! —exclamó, entonces—. ¿Cómo vamos a escalar eso?

El hombre rió sin ganas.

—Pues... utilizando el material que transportamos en las mochilas. Crampones, piolet, clavos de acero, mosquetones, cuerdas... ¿te suena todo eso? —respondió él, irónico.

—Pero... dentro de poco anochecerá. Y sigue lloviendo. No podremos iniciar la escalada en plena noche —protestó ella.

—Al fin has comprendido —suspiró Edwards—, Tendremos que pasar la noche aquí, pues ya no nos queda siquiera el recurso de descender. Por fortuna, traje estos impermeables que evitarán que muramos de frío. Y cuando amanezca...

—¿Qué?

—Tú tendrás que ocuparte de la mayor parte —respondió Guy—. Con mis manos heridas, la sangre volvería a brotar en seguida hasta impedirme agarrarme a una cuerda y...

—¡Dios mío, he sido una loca! —se lamentó Claire—, Debí frenar mi impaciencia y...

—Ahora ya no tiene solución —resolvió el hombre—. Según parece, lloverá durante toda la noche. Así que lo mejor es que busquemos un lugar que nos sirva de abrigo... antes de que anochezca por completo. Sígueme.

Rodearon la escarpadura al borde del talud y descendieron unas docenas de metros. Al fin, Guy encontró lo que buscaba: una especie de cueva en la que guarecerse.

No era verdaderamente una caverna, sino un saledizo de lava de poco más de metro y medio, pero suficiente para guarecerles del frío y protegerles de la lluvia.

Cuando llegaron ante aquella oquedad, se libraron de las mochilas y el resto de la impedimenta y se dejaron caer al suelo, exhaustos.

Se miraron a la incierta luz del oscurecer. Fue una mirada intensa, ansiosa y al mismo tiempo relajante. Y ambos supieron que, sucediera lo que sucediera, siempre podrían contar el uno con el otro.

Al cabo, Claire exclamó:

—Prepáralo tú —respondió él—. Yo no valgo siquiera para abrir una lata de conserva —y alzó sus manos enguantadas y vendadas.

Al reparar en ello, Claire se sintió traspasada por la ternura. Abrazó al hombre, lo atrajo hacia si y lo besó profunda e íntimamente.

Luego comieron en silencio, con excelente apetito. Cuando terminaron se había hecho por completo de noche. En la oscuridad oía el rumor quedo de la lluvia, cayendo sin cesar, y el borboteo más sonoro de los torrentes y arroyuelos que se deslizaban raudos hacia las tierras más bajas.

Claire se había recostado sobre el hombro derecho de Guy y él la abrazaba por la espalda. Protegidos por las ropas de abrigo y a salvo de las salpicaduras gracias a sus anchos impermeables, un calorcillo agradable se transmitió del uno al otro.

Charlaron un rato, mientras fumaban un par de cigarrillos, y ella dijo:

—Guy, me hubiera muerto de miedo, de encontrarme aquí a solas.

—Yo también me encuentro mejor en tu compañía. ¿Sabes? Es algo extraño, pero empiezo a creer que nada malo nos ocurrirá mientras permanezcamos juntos —respondió Guy. Y aquellas palabras merecieron que Claire se apretase más junto a él.

Casi se habían adormecido, rendidos por el cansancio, cuando Edwards se incorporó de improviso.

—¿Qué? —exclamó ella, sorprendida.

El hombre había separado su espalda de la áspera roca y atisbaba, absorto, el exterior.

—¡Ese suave fulgor! —susurró—, ¿No lo adviertes? Puedo ver el contorno de las rocas, las líneas sinuosas de ese río de lava amarillento...

—Será la luna, cerniendo sus rayos a través de las nubes —respondió ella.

—Pero... ¡no hay luna! Hace cuatro días que estamos en cuarto menguante. Y además —el hombre se puso en pie encorvado—, la luz de la luna es blanquecina, y ese fulgor… ¡ese fulgor es rojizo!

CAPITULO VIII

Guy Edwards abandonó precipitadamente la oquedad. Claire le siguió inmediatamente.

Ambos dirigieron sus miradas a las alturas y contuvieron el aliento.

—¡El fulgor brota de la laguna y se proyecta contra las nubes! —exclamó Claire, estupefacta. Guy asintió, mudo de asombro.

Las cresterías del borde del cráter fulgían como si fueran de cobre fundido.

Ciertamente, la luminiscencia era muy atractiva. Aunque no demasiado potente, los rayos luminosos parecían surgir del cráter y se

reflejaban en las nubes, que esparcían un tenue resplandor sobre las laderas del monte.

Allá arriba, los jirones de niebla ascendían lentamente, y, al ser perforados por los rayos luminosos, adquirían un color rosado que cambiaba rápidamente a bermellón y a rojo escarlata.

Fascinados, hombre y mujer contemplaron aquel fenómeno durante largos minutos.

—Quizá siempre han vivido ahí —susurró Claire, completamente absorta en la contemplación del cromático espectáculo.

—¿Quiénes? —respondió Edwards.

—Ellos, los... bueno, esas criaturas.

—Vamos, no delires —le atajó el hombre, nervioso—. Numerosos alpinistas y montañeros han escalado este muro y explorado la laguna. Incluso se han atrevido a navegar por ella con lanchas neumáticas. Unos submarinistas descendieron al fondo para calcular la profundidad del cráter, que fijaron en casi doscientos metros. ¿Sigues creyendo que si hubieran descubierto algo extraño no lo hubieran pregonado a los cuatro vientos?

Claire se agitó, desconcertada.

Finalmente se encogió de hombros.

—Bueno, eso viene a confirmar mis sospechas. Se trata de una astronave o... algo semejante, sumergida bajo la superficie de la laguna —respondió.

Edwards no se atrevió a contradecirla.

Enzarzados en aquella discusión, no habían advertido que la coloración de la luz que brotaba del cráter había ido cambiando poco a poco.

Del rojo esplendente varió hacia el naranja, el amarillo, el verde y finalmente quedó fijada en un azul fascinante.

Comprobado el raro fenómeno, Claire y Guy dirigieron nuevamente sus miradas a las alturas.

Yla joven susurró:

—¡Mira! ¡Se diría que unas imágenes se proyectan en ese estrato nuboso que parece suspendido sobre el volcán!

Era cierto.

En primer lugar. Edwards contempló una variación dinámica sobre el fondo azul claro y luminoso. El centro de la plana nube recibió una proyección ondulada en amarillo, rojo y violeta.

Yen aquel momento se produjo un trémolo potente que brotaba del cráter y trascendía hasta las empinadas laderas.

Guy y Claire se miraron, asombrados.

—¿Qué es eso?

—Parecen... ¡risas!

En efecto. Carcajadas juveniles, espontáneas, que denotaban viva

sorpresa y satisfacción resonaban en lo alto, tan potentes como si un amplificador gigantesco las ampliase a miles de decibelios.

De repente, Claire aferró por los brazos a Edwards. Parecía transida de ansiedad y dominada por un intenso nerviosismo.

Yexclamó:

—¡Esas risas...! ¡Es la risa de Perry, no puedo equivocarme!

Temblaba.

Guy miraba, hipnotizado, las cambiantes luces que se reflejaban en la ancha nube que flotaba sobre el cráter.

¿Sombras, imágenes surgidas de algún lugar remoto...?

Risas, risas, risas...

Carcajadas limpias que significaban alegría y sorpresa contenida.

Y de pronto, aquella exclamación que parecía surgida del cono de un ciclópeo altavoz:

—¡VEN, SIGUEME. BELLA!

—¡Perry ..! —musitó Claire junto a Edwards, tan agitada, que sin querer clavaba sus uñas profundamente en el brazo del hombre.

Pero los gritos seguían resonando como trémolos fantásticos en las estribaciones de Mount Kenny.

-¡¡OH, ES MARAVILLOSO, PERRY!! -exclamó una voz juvenil que se expandió sonoramente por las laderas y vaguadas.

—¡Es... la voz de mi sobrina Bella! —chilló histéricamente Claire. Pero su grito apenas trascendió, pues del fondo del cráter seguían surgiendo sonidos poderosos que hallaban eco en los picachos próximos.

Era absurdo.

Aquel sonido majestuoso le recordó a Edwards su servicio militar en el campamento de Fort McKenna, en las Montañas Rocosas.

Los potentes altavoces del cuartel expandían música de jazz desde las siete de la tarde hasta las nueve de la noche.

El efecto del eco era escalofriante: a quince kilómetros de distancia, junto a los farallones de Big Last Valley, era posible escuchar la música que daban en el campamento. Y con tanta o mayor calidad y claridad que si se encontrase uno bajo los enormes altavoces.

Algo semejante era lo que sus oídos percibían ahora. Sólo que aquí el trémolo fantástico de las voces alcanzaba una profundidad indescriptible. Era como si el sonido brotara de un hondísimo embudo de varios kilómetros de profundidad.

A pesar de estos pensamientos, Guy era incapaz de separar sus ojos de aquella nube estática que hada el papel de macro-pantalla de proyección.

Los colores iban fijándose lentamente y las siluetas se perfilaban a cada segundo con mayor nitidez.

—¡TODO ESTO ES FANTASTICO! ¿NO ES CIERTO, BELLA? —

tremoló en aquel momento la voz de Perry Maninway.

—¡ES... ES... FABULOSO! —se oyó la vocecilla atiplada de Bella.

—¡Mira eso! —exclamó Claire, crispados los dedos sobre el brazo de Edwards Inútilmente, porque el hombre contemplaba, fascinado y sin parpadear, el indescriptible espectáculo.

Vieron un fondo esmeralda metálico, esplendente.

Las siluetas, invertidas, de dos niños ascendían por una rampa ondulada. Parecían encontrarse en una gran nave, de insólito diseño, donde las curvas imperaban por doquier con fantásticas e inimaginables formas.

La sensación que producía a Guy Edwards contemplar las imágenes violentamente coloreadas sobre aquella pantalla de dos mil metros, no podría describirse con meras palabras.

Lo que estaba viendo podría tacharse de absurdo, escalofriante e inquietante. Pero lo cierto es que en aquel omento no experimentaba la menor inquietud.

Por el contrario, sus ojos estaban llenos de luz, borrachos de colores. Era... como un *trip* provocado por una sobredosis de L.S.D., la síntesis del ácido lisérgico. Probablemente, en aquel momento le hubieran perforado un brazo con una larga aguja y lo más seguro era que ni siquiera se hubiera movido.

Claire le había mostrado aquella misma mañana —durante el viaje en «jeep» hasta Klain Gorge—, unas fotos de Perry y Bella jugando en un parque de Seattle. Aunque Edwards conocía a los niños, comprendía ahora que las imágenes que contemplaba proyectadas sobre una nube eran muy semejantes a la escena del parque, aunque cambiara el escenario. Verdaderamente, Perry y Bella estaban divirtiéndose en grande.

Ahora podía verlos correr a lo largo de aquella espaciosa estancia de color verde esmeralda, exhalar grititos de sorpresa y satisfacción, cambiar comentarios llenos de excitación, reír...

Los niños ascendían cogidos de la mano a través de una larga rampa espiral. Se habían detenido ante una abertura circular que semejaba una enorme lente biconvexa y contemplaban, complacidos, sus propias imágenes en la pulida superficie del cristal.

¡Y reían, reían, dichosos...! De pronto, sonó la voz vibrante de Perry —¿TE GUSTARIA VOLVER, BELLA? La niña tardaba en contestar. Parecía reflexionar sobre aquella cuestión.

Finalmente, Bella movió la cabeza de izquierda a derecha. —NO, PERRY. NO ME GUSTARIA VOLVER. AQUÍ… AQUI SOY INMENSAMENTE FELIZ.

—PERO BELLA, ¿NO RECUERDAS A TIA CLAIRE, A TUS AMIGUITAS, A LA SEÑORA TEMPLETON? —insistía Perry, serio.

Pero Bella volvió a negar tenazmente .

—¿POR QUE? AQUI ESTAMOS BIEN. ES... ESTUPENDO. SOLO QUE… ¡SI PUDIERAMOS TRAER A TIA CLAIRE!

Perry la miraba severamente.

—¡PERO TU SABES QUE ESO ES IMPOSIBLE. HERMANITA! —vibró su voz por encima del cráter, esparciéndose, pótenle, hacia las elevaciones próximas, que devolvieron el eco de sus palabras con subyugante intensidad y clamor.

—EN TAL CASO, PREFIERO QUEDARME —respondió la niña, con obstinación Y añadió como razón decisiva—- AQUI NO ME OBLIGARAN A ASISTIR A LA ESCUELA: WOORIAM-SHOON ME DIO SU PALABRA DE HONOR.

Un gemido profundo obligó a desviar la mirada a Guy Claire estaba sollozando, con los ojos arrasados de lágrimas.

Sin embargo, en aquel instante, Edwards sólo tenía voluntad para seguir contemplando las atractivas imágenes que se proyectaban sobre los estratos.

Perry y Bella acababan de filtrarse de forma espectacular a través de aquella gran lente de dos metros de diámetro, y caminaban por un largo corredor tubular que despedía partículas luminiscentes amarillas.

Como los niños vestían ropas azules, el efecto cromático producido por el contraste era de una belleza inexpresable.

Estaban dejándose deslizar por una especie de tobogán y sus risas resonaban en el aire con mágica resonancia.

Describiendo vertiginosos *loopings*, Perry y Bella se detuvieron suavemente sobre una lisa superficie plateada. Al fondo, se veían largos y gruesos tubos, que iban a perderse en algún lugar ignorado.

Como sobre las nubes se producía un efecto de inversión de la imagen, parecía que ahora ambos niños caminasen sobre un techo.

Bella saltaba y parloteaba sin cesar, pero Perry se detuvo, pensativo.

—¡VEN AQUI! —Llamó a su hermana.

Bella tomó carrera, se dejó ir al suelo y llegó, resbalando hasta los pies de su hermano.

—NO ME IMPORTUNES AHORA, PERRY —se oyó la atiplada vocecilla de la niña —¡ESTOY DIVIRTIENDOME HORRORES!

—SOLO ES UN MOMENTO, LUEGO PODRAS VOLVER A TUS JUEGOS. ¿SABES UNA COSA, BELLA? HE ESTADO PENSANDO EN LO QUE NOS DIJO PAPA. ELLOS TAMBIEN SE ENCUENTRAN FELICES AQUI PERO PAPA Y MAMA HAN DECIDIDO VOLVER…

—¡OOOH! —se lamentó Bella, que daba volteretas sobre la bruñida lámina metálica.

—DEBES SER MAS JUICIOSA, BELLA. VAS A CUMPLIR NUEVE AÑOS —sermoneó Perry.

—PERO WOORIAMSHOON NOS ADVIRTIO QUE AQUI NO VOLVERIAMOS A CUMPLIR AÑOS —observó la niña, sin dejar de moverse un solo momento.

—NO DEBEMOS PENSAR SOLO EN NOSOTROS, SINO EN TODOS AQUELLOS A LOS QUE AMAMOS —pronuncio Perry juiciosamente—. PAPA Y MAMA VOLVERAN. Y AUNQUE NOS HAN DEJADO EN LIBERTAD DE HACER NUESTRA ELECCION. YO COMPRENDO SUS RAZONES. ¿RECUERDAS LO QUE DIJO MAMA?

Bella se detuvo un momento. Su naricilla respingona se había fruncido en un rictus rebelde.

—¡SOLO SE QUE ME GUSTA JUGAR! ¡Y AQUI PUEDO HACERLO CUANTO QUIERA! —gruñó, enfadada.

Perry movió la cabeza, tristemente.

—¡ERES DEMASIADO JOVEN! —se lamentó—. YO SI RECUERDO LAS PALABRAS DE PAPA. DIJO: «NOSO TROS NO PERTENECEMOS A ESTE MUNDO. NUESTRO LUGAR ESTA CON NUESTROS SEMEJANTES». Y WOORIAM SHOON COMPRENDIO.

Bella volvió a sus juegos, patinajes y volteretas. Pero Perry la llamó al orden.

Y la niña clamó enfurecida:

—¡OH, PERRY! ERES VERDADERAMENTE IMPERTINENTE. PERO SI TU TE VAS, YO...

Súbitamente, el viento sopló y el estrato nuboso se desplazó vertiginosamente hacia el Este.

Simultáneamente, las mágicas imágenes desaparecieron y todo sonido cesó.

Guy Edwards parpadeó, tragó saliva y se volvió hacia Claire.

Sólo entonces comprobó que su compañera yacía en el suelo, desmayada.

CAPITULO IX

Claire despertó sobresaltada.

—¡Perry, Bella...! —gimió, todavía adormilada.

Poco a poco, sus sentidos fueron despertándose.

Reconoció el relieve áspero de la ladera formada por ríos de lava de variopinto colorido, oyó el rumor de la llovizna y los sonoros ronquidos del hombre que dormía a su lado, bajo la protección del saledizo de lava.

En aquel momento, la tierra tembló aterradoramente.

Sólo fueron unos segundos, pero el efecto fue tan empavorecedor que Claire gritó, llena de pánico.

—¡¡Guy, Guy, despierta!! —chilló, descompuesta.

El hombre tenía el sueño pesado y no se removió hasta que la

joven le zarandeó con rudeza.

—¡Despierta, por favor! ¡Vamos, despierta!

Edwards se incorporó, envarado y dolorido.

—¿Qué... qué ocurre? —rezongó con torpeza.

—¡La tierra ha temblado! ¡Tenemos que marcharnos de aquí! —exclamó Claire, completamente lívida y fuera de sí.

Guy no comprendió al principio.

Su mente estaba tratando de relacionar las vivencias de la noche anterior con la violenta actitud de su compañera.

Inspiró profundamente, arqueó los largos brazos, se desperezó, bostezó y volvió a mirar el rostro pálido de Claire, que le contemplaba expectante e impaciente.

—Repite eso —pidió, calmoso.

—Un terremoto, ¡acaba de producirse un terremoto! —respondió ella, gesticulante—. La tierra ha temblado violentamente y algunas piedras han rodado vertiente abajo. ¡Es el volcán! Seguramente ese volcán va a entrar en erupción.

Guy continuó bostezando, impávido.

Se incorporó, flexionó las largas piernas, se puso en pie y... se atizó un tremendo coscorrón contra el cóncavo techo de lava. Lanzó un gruñido y se rascó furiosamente el cráneo lastimado.

—¿Por qué va a entrar en erupción el viejo volcán? —gruñó, disgustado—. Según los vulcanólogos, el volcán de Mount Kenny se extinguió hace tres mil años. ¿Por qué iba a despertar *precisamente ahora*?

Claire se desesperó.

—No conozco las razones que las entrañas de la tierra pueden tener para entrar en acción, milenio antes o milenio después, pero te aseguro que acaba de producirse un tremendo temblor de tierra. Y sé que estamos en peligro.

El hombre escrutó las demacradas facciones de la muchacha. Al verla tan desmejorada, experimentó un sentimiento mezclado de piedad y ternura.

—Quizá lo hayas soñado, Claire —apuntó con voz suave.

—¿Que lo he soñado? ¡Fue precisamente el terremoto lo que me despertó! —protestó ella, a punto de sollozar.

Guy le acarició una mejilla.

—Es lógico que estés excitada. Lo de anoche...

Calló.

Y ella tampoco dijo nada durante varios minutos. Probablemente, ambos estaban rememorando las increíbles experiencias que habían vivido la noche anterior.

Verdaderamente, era fácil inclinarse a pensar que todo había sido un sueño, una pesadilla.

Pero como comentó luego Guy, «ninguno de los dos se había dado un atracón de los alucinógenos hongos mexicanos».

Finalmente, Edwards decidió tomar en cuenta las palabras de Claire. No es que creyera a pies juntillas que acabara de producirse un temblor de tierra. Sencillamente, si ella era la que le impulsaba a descender, tanto mejor.

Así que recosieron las mochilas, volvieron a ponerse los impermeables con los que habían dormido arropados y emprendieron la bajada.

Guy miró el reloj..

Aunque la luz diurna era escasa, su reloj marcaba en aquel momento las diez y media de la mañana.

Un cuarto de hora después, Guy Edwards se detuvo y dirigió una lenta e inquisitiva mirada a las alturas.

Apenas llovía ya y la montaña estaba silenciosa, en paz.

—¡Una erupción! —caviló—. El viejo león está dormido, para siempre.

Pero a cuatrocientos metros de allí…

* * *

John Cardiff despertó bruscamente cuando oyó el prolongado zumbido del avisador electrónico.

Se incorporó de un salto, se alisó maquinalmente la revuelta cabellera, murmuró un severo:

—¡Vaya, me he dormido!

Y corrió con todas sus fuerzas a través del pasillo que llevaba a la cabina de observación sismográfica.

Un momento después llamaba por teléfono al Centro de Investigaciones Geológicas de Vancouver, en el Estado de Washington.

—Póngame inmediatamente con el profesor Pawlovitch

—exigió.

Un momento después escuchó una reposada voz que vibraba en el auricular.

—¿Cardiff? Soy el profesor Pawlovitch. ¿De qué se trata?

—Profesor, acabo de detectar un movimiento sísmico. Según mis cálculos, el epicentro debe encontrarse al Suroeste del Estado de Oregón, allá por la zona de los volcanes, quizá en el mismo Parque Nacional Cráter Lake.

—¿Magnitud?

—Tres coma cinco, en la escala Ritcher.

—¡Ajá! —exclamó el profesor Pawlovitch—. Yo diría que uno de los viejos leones va a comenzar a bostezar de un momento a otro…

—¿Usted cree? —preguntó Cardiff, incrédulo.

—Eso es lo que pienso —respondió Pawlovitch, flemático—. ¿Quiere usted apostarse algo, John?

—¡Ni hablar! —se asustó el vulcanólogo—. Antes de que estallara Saint Helens, nos apostamos nuestros coches. Me parecía imposible que entrase en erupción ese picacho. Y sin embargo… perdí mi «Mustang». No, profesor, esta vez no podrá cazarme.

—Muy prudente —aplaudió Pawlovitch, con sarcasmo—. En tal caso, envíeme por telex el sismograma. Entre tanto, yo llamaré a Washington capital y al gobernador del Estado de Oregón para que vayan tomando las precauciones indispensables. Nunca se sabe…

* * *

Edwards se detuvo repentinamente al borde de un precipicio, cuya profundidad era incalculable, porque la niebla lo tapaba todo.

Un sudor frío empapó su cuerpo: había estado a punto de despeñarse.

—¡Maldita niebla! —gruñó.

Se volvió a Claire, que se había detenido prudentemente a cinco metros de distancia, y añadió:

—Creo que nos hemos extraviado, querida.

Claire dejó escapar un suspiro de susto.

Pero el hombre la tomó de la mano y la arrancó de aquel lugar.

Retrocedieron lentamente, asegurándose dónde ponían los pies.

A su alrededor, la niebla flotaba inmóvil, impidiéndoles distinguir los relieves a más de quince metros de distancia.

Como Edwards explicó a Claire, el fenómeno era natural: las ultimas, lluvias habían caído sobre las rocas recalentadasy el calor convertía rápidamente el líquido en vapor, que se adhería pegajosamente a los accidentes del terreno.

Guy se detuvo, cien metros más allá.

Trató de orientarse, pero era imposible.

A las once y media de la mañana, el sol estaba demasiado alto para poder establecer dónde estaba el Este o el Oeste.

Arriba se distinguía una luminosidad cenital, cernida y vaga, que no permitía llevar a cabo la menor conjetura juiciosa.

Sólo cabía hacer una cosa: desandar el camino y tratar de reconocer el itinerario del ascenso para alcanzar la hendidura donde habían quedado los caballos. Y esto en el caso de que los animales no hubieran logrado liberarse y emprendido el regreso al cálido establo del refugio de Klain Gorge.

Andaban de aquí a allá, buscando el camino correcto, cuando la tierra tembló tan violentamente que ambos cayeron al suelo.

De bruces contra la trepidante lava, Guy escuchó, consternado, el

inquietante rugido telúrico que recorría las profundidades.

No perdió tiempo en lamentaciones. Se alzó de un salto, arrancó a Claire del suelo y la arrastró tan brutalmente que la muchacha gimió, dolorida.

—¡Bruto! ¡Me haces daño! —protestó ella.

—¡Más daño recibirás si te quedas aquí! —rugió él. Y siguió corriendo con todas sus fuerzas.

Treinta metros más allá, hallaron una grieta en el suelo. Era estrecha, de poco más de medio metro de anchura por uno y medio de profundidad.

Edwards obligó por la fuerza a Claire a introducirse allí. Y cuando él estuvo también dentro, la abrazó y la protegió con su cuerpo.

—¿Quieres explicarme qué significa todo esto…? —estaba gritando ella, cuando un rumor profundo que aumentaba vertiginosamente la obligó a callar.

E inmediatamente comprendió.

¡Un alud! ¡Un alud de millones de toneladas de roca se precipitaba laderas abajo desde la cima de Mount Kenny!

Pronto oyeron cómo rebotaban pausadamente las colosales rocas que golpeaban el suelo, haciendo vibrar las entrañas de la tierra.

Finalmente, el estrépito fue tan horrísono que Claire hubo de taparse los oídos con ambas manos.

El estruendo duró unos diez minutos.

En aquel lapso, Guy sintió caer sobre su espalda menudos fragmentos de toba y verdaderas tolvaneras de polvo y tierra.

—Cierra los ojos, respira despacio y no te preocupes de nada más —recomendó Edwards a la muchacha.

Al cabo, volvió el silencio. Sin embargo, Guy aguardó unos minutos hasta asegurarse de que el alud había cesado.

Cuando quiso incorporarse, comprobó, aterrado, que su cráneo chocaba contra algo sólido.

Al abrir los ojos, vio las dos grandes rocas que casi taponaban la grieta.

Instantáneamente, experimentó un angustioso sentimiento de claustrofobia. Hizo un esfuerzo por calmarse y preguntó a Claire:

—¿Puedes salir tú?

Ella giró lentamente dentro del angosto receptáculo, apoyó los pies en un saliente y… se izó lentamente hacia afuera.

A Edwards no le resultó tan fácil obtener la libertad. Hubo de desprenderse, dentro de la hendidura, del impermeable, el chaquetón de cuero, el jersey de lana e incluso la camisa de franela. Así y todo, para que su robusto tórax se deslizase apretadamente por la estrecha abertura, se vio obligado a alzar primero un brazo y a empujarse con las piernas, utilizando para ello hasta sus últimos recursos físicos.

Desde arriba, Claire tiró del brazo que emergía entre los peñascos y le ayudó a salir.

Cuando Edwards estuvo fuera, la mujer descubrió que el pecho y los costados del hombre estaban marcados por arañazos sanguinolentos. Conmovida, ella se dispuso a sacar el botiquín de urgencia, pero Guy resolvió la cuestión con un seco:

—Guarda eso. No podemos perder el tiempo en tonterías.

Se vistió apresuradamente y echó una ojeada a su alrededor.

A sus ojos se ofreció un espectáculo dantesco: sobre el atormentado paisaje formado por montículos de colosales peñascos se elevaba lentamente un polvo negruzco que convertía el día en noche.

CAPITULO X

A mediodía, Guy Edwards se dio por vencido.

Era inútil tratar de encontrar la hendidura donde la tarde anterior dejasen los caballos.

El cataclismo provocado por el temblor de tierra había alterado profundamente el paisaje. Por tanto era inútil tratar de hallar un accidente del terreno.

Además, como él mismo acababa de comentar:

—De todas formas, da igual. Si los caballos no lograron liberarse y huir, han tenido que perecer bajo las rocas.

La única solución era dejarse llevar por el instinto y... por la pendiente.

Lamentablemente, la niebla y el viento en calma no permitían que aquel polvo marrón oscuro se posara. Al respirarlo, tanto Claire como él tosían continuamente, pues el menudo polvillo raspaba como lija en sus gargantas y en sus vías respiratorias.

Por lo demás, tanto la muchacha como él se sentían al borde de sus fuerzas. La dura escalada de la tarde anterior, las escasas horas de sueño y el descenso de esa misma mañana, plagado de incidentes, les habían debilitado a ambos hasta el límite de su resistencia.

Por si todo ello fuera poco, las manos de Guy Edwards sangraban, tras los esfuerzos que se había visto obligado a hacer para salir de la trampa de la hendidura.

Echaron a andar cansinamente. Pero el camino no era fácil. La pendiente era demasiado aguda como para dejarse llevar cuesta abajo descuidadamente.

En cierto momento. Claire perdió el equilibrio al pisar una piedra de gran tamaño, que se movió bajo su peso.

La muchacha cayó y sus piernas quedaron atrapadas entre dos rocas.

Cuando Edwards pudo extraerla de allí, Claire apenas pudo

disimular un rictus de intenso dolor.

—¡Mi tobillo! —gimió la joven.

—Ya te lo advertí: no debiste apresurarte. Pero te empeñaste en librarte de la escayola imprudentemente —la amonestó el hombre.

—¡Ese es el derecho y no me molesta en absoluto! ¡Es el izquierdo el que me he lastimado! —replicó ella, disgustada consigo misma.

«¡Lo que faltaba!», pensó Guy para sus adentros. Pero pidió a Claire que se sentase sobre una peña y examinó el tobillo izquierdo con atención.

Debía haberse hecho daño, pues rápidamente la piel se tensaba y el tobillo se abultaba.

Rápidamente, Guy extrajo una ancha venda de la mochila y vendó diestramente el tobillo y el pie.

—¿Puedes andar? —preguntó.

Claire se puso en pie, apoyó todo el peso sobre el izquierdo y respondió:

—No está mal. Intentaré caminar.

Las dificultades llegaron en el momento de calzarse la bota: pie y tobillo abultaban tanto que no cabían dentro del calzado.

Edwards sacó una navaja del bolsillo y cortó la caña hasta muy cerca del talón. Calzó a Claire y ambos se pusieron en marcha.

Media hora después se produjo un nuevo sismo, aunque en esta ocasión el temblor no fue tan largo y violento como la vez anterior. De todas formas, se pusieron a cubierto para evitar ser arrollados.

Algunas piedras redondeadas se movieron y descendieron medio centenar de metros. Y al cabo, volvió la calma.

Pero la marcha de Claire se tornó más y más lenta.

Era lógico. Con un tobillo torcido o lastimado no se puede caminar con soltura de peñasco en peñasco. El esfuerzo del descenso había hinchado impresionantemente su tobillo izquierdo y la piel estaba enrojecida hasta mitad de la pierna.

De improviso, la muchacha se dejó caer sobre una roca lisa.

—¡No puedo más! —sollozó—. He llegado al final.

—¡Tonterías! —respondió él, dando un matiz burlón a la exclamación—. Ya verás cómo sí puedes.

Se desprendió de la mochila e hizo otro tanto con la de Claire. También la libró de los dos rollos de soga, que dejó sobre aquella peña en forma de prisma.

Luego puso en pie a Claire, le pidió que le echara los brazos al cuello y la montó a su espalda.

Saltó sobre las rocas y prosiguió el descanso, aunque ahora más lentamente aún.

No tenía ni idea de la dirección que seguía.

—A fin de cuentas, tanto nos da. Ahora lo que nos interesa es

apañamos lo más posible de Mount Kenny —se dijo.

Porque desde luego ya no tenía la menor duda de que algo impresionante estaba ocurriendo en las entrañas de la tierra.

No sabía si el viejo «león» de Mount Kenny rugiría o no, aunque las tremendas convulsiones geológicas así parecían vaticinarlo.

Cierto que el volcán había permanecido dormido a lo largo de tres milenios. Pero Claire había dicho la verdad: nadie puede prever las reglas de los fenómenos telúricos.

Caminaba ciegamente, esforzándose en poner la mayor distancia a sus espaldas. Ni siquiera reparaba en que sus ropas estaban empapadas en sudor, su respiración era jadeante y sus piernas se doblaban por las corvas, incapaces de mantenerse rectas.

Y así siguió bajando hasta que tropezó y cayó violentamente.

El golpe fue terriblemente doloroso, pues Edwards cayó de bruces, empeñado en que Claire sufriera el menor daño posible.

De todas formas, la inercia de la marcha obligó a la muchacha a desprenderse del cuello del hombre y a rodar brutalmente por el suelo, ahora ya más limpio de peñascos que en las cotas que acababan de abandonar.

Claire se removió a los pocos segundos, consciente a pesar del tremendo batacazo. Guy yacía inmóvil, pocos metros más allá.

Temiéndole muerto o malherido, ella dejó escapar un gritito, se puso en pie y acudió hasta él, caminando a la pata coja.

—¡Guy, querido, por el amor de Dios, vuelve en ti! —gimió, acariciando la cabellera del hombre, llena de polvo y tierra.

Edwards alzó la cabeza y jadeó:

—¡Deja… déjame que recobre el aliento!

Claire comenzó a sollozar al contemplar el rostro completamente raspado del hombre. La sangre comenzó a brotar en seguida. Pero ahora ni siquiera disponían del botiquín para cortar la sangre que brotaba de los profundos arañazos.

Edwards no hizo caso de los hipidos de la mujer.

Con los ojos desorbitados contemplaba algo que estaba situado a espaldas de la mujer.

—¿Qué… qué miras? —chilló ella, espantada, conteniendo los sollozos.

Y se volvió de un brinco.

Sus ojos quedaron clavados en la figurilla que yacía atrapada e inmóvil bajo una roca de una tonelada de peso.

—¡Es… es uno de *ellos*! —susurró, sobrecogida.

Edwards se movió torpemente.

—Y allí hay otro —señaló a la izquierda con una mano ensangrentada—. ¡Y otro…!

Claire giraba a izquierda y derecha, descubriendo a cada

momento los pequeños cuerpecillos atrapados bajo el alud de rocas.

—¿Qué... qué es lo que ha ocurrido? —preguntó Claire con un hilo de voz.

Guy carraspeó y lanzó lejos un escupitajo de tierra y sangre.

—No hay que preguntarlo: estaban aquí cuando se produjo el alud—pronunció trabajosamente el hombre—. Debían estar recogiendo muestras minerales o Dios sabe qué. El alud les sorprendió y mató a centenares de ellos, imagino.

Claire se estremeció.

—¡Vamos, Guy. vámonos de aquí! —decidió impetuosamente.

Y se inclinó sobre el hombre y le ayudó a incorporarse, asiéndole por el brazo izquierdo.. . .

El rostro de Edwards se descompuso; un alarido de dolor surgió de su garganta.

—¿Qué te ocurre? —preguntó la muchacha, lívida.

—Creo... creo que me he roto el brazo izquierdo —respondió él, esforzándose en dominar un gemido, pues notaba cómo su brazo lastimado era recorrido por lancinantes espasmos de dolor.

Claire inclinó la cabeza y se echó a llorar.

—Todo ha sido culpa mía —se lamentó, entre hipo e hipo—. ¡Si no me hubiera empeñado en venir aquí...!

Edwards acarició sus cabellos con la mano derecha y elevó su barbilla.

—No te lamentes. Tú no hubieras venido si yo no te hubiera acompañado. Pero, en definitiva, ninguno de los dos somos culpables de lo que está pasando —dijo.

Ella se borró las lágrimas de un rudo manotazo que dejó sus mejillas manchadas de churretes negruzcos.

Edwards tenía ganas de reír, contemplando el grotesco aspecto de su compañera, pero no lo hizo.

—Ahora no puedo llevarte a cuestas. Claire —dijo—. Lo siento, pero no podemos quedarnos aquí. Si Mount Kenny entrase en erupción en este momento, quedaríamos atrapados como ratas.

Echaron a andar, despacio.

Claire pasaba su brazo izquierdo por la cintura del hombre y éste la sujetaba por debajo de las axilas.

Así, mientras Claire procuraba apoyar lo indispensable su pie lastimado, caminaron grotescamente esquivando los peñascos más voluminosos y deteniéndose cada quince minutos para recuperar las indispensables energías y seguir adelante

Hasta que súbitamente, Guy se detuvo.

—¿Qué? —musitó la joven alzando la cabeza.

Pero Edwards se había vuelto y miraba a su espalda.

Claire contuvo el aliento.

De entre la niebla, unas extrañas siluetas bamboleantes acababan de aparecer a cincuenta metros de distancia.

Guy se dejó caer a tierra detrás de una roca y siseó:

—¿Qué haces ahí? ¡Agáchate!

Y la muchacha obedeció, temblorosas las piernas.

Ocho, diez, hasta trece de aquellas altísimas criaturas avanzaban lentamente, balanceándose a izquierda y derecha, como si les costase un terrible esfuerzo desplazarse entre los peñascos que cubrían las estribaciones de Mount Kenny.

—¡Es... inaudito! —susurró Guy, más asombrado que asustado.

Su asombro estaba justificado, porque aquellos insólitos seres que bajaban de la montaña no tendrían menos de cuatro metros de estatura.

Su contextura era rechoncha, de gruesos brazos y enormes muslos sin relieves.

—Son como *ellos* —caviló Edwards—. Sólo que aquellos que vimos en la película filmada por Jack Maninway no llegarían al metro de estatura y éstos, en cambio...

Claire permanecía inmóvil, a su lado.

La muchacha no temblaba ya. Avizoraba por encima de la roca con la actitud inexpresiva de quien ha caído en trance.

Cuando aquellos grotescos seres estuvieron más cerca, Guy vio brillar sus rostros de niños-viejos.

En realidad, también sus cuerpos brillaban como si fueran de algún polímero de acabado brillante.

El que abría la marcha acababa de detenerse y se movía lentamente de izquierda a derecha, en la actitud de quien observa detenidamente algo en el suelo.

Con la misma parsimonia, los otros gigantes fueron llegando a lugar y se detuvieron a la altura del primero, formando una línea de traslúcidos cíclopes.

Guy miraba con unta fijeza que los ojos le dolían y le escocían intensamente. No parpadeaba, pues no quería perderse una sola secuencia de lo que sus sentidos estaban percibiendo a treinta metros de distancia.

Súbitamente, el primero de aquellos gigantes de deshizo.

O esa fue al menos la sensación que tuvo Edwards

Se había producido una especie de vibración que agitaba aquel rechoncho cuerpo gigantesco. Y entonces, aquella criatura se disgregó en más de veinte partes.

Guy parpadeó, incrédulo, pues se resistía a aceptar lo que sus ojos estaban viendo.

Yvio saltar a la veintena de pequeñas criaturas que Perry Maninway había llamado sencillamente *ellos*.

Seguidamente, el segundo gigante de la fila emitió un resplandor y… ¡se disgregó en otras veinte pequeñas criaturas!

Yasí hasta que, en pocos segundos, desaparecieron los trece impresionantes cíclopes y una turba de pequeños *ellos* saltó por encima de las rocas, escudriñaron los resquicios y las grietas sin dejar de producir un rumor sordo monocorde y continuo que sonaba algo así como «*brein-bao, brein-bao*».

Se movían con la agilidad de pequeñas cercopitecos. Iban, venían, saltaban, desaparecían tras las rocas, emergían…

Ysiempre acompañados de aquel insólito murmullo «*brein-bao, brein-bao…*»

En aquel momento, Claire salió de su marasmo.

—¿Lo has visto? —preguntó, pasmada.

Guy asintió quedamente.

—Son… como las células de nuestro cuerpo. Se disgregan o se unen, según convenga, de modo que pueden convertirse en cíclopes o degenerar en enanos —susurró el hombre— No lo hubiera creído, si no lo hubiera visto. Pero ahí están.

—Pero, ¿cómo, cómo, cómo…? —musitó Claire, desquiciada.

—¡Qué sé yo! —respondió Edwards, intranquilo—. Al parecer, cada uno de esos cíclopes viene a ser como una especie de *puzzle* gigantesco. Cada uno de los diminutos *ellos* ajusta perfectamente en el otro. Y así se juntan hasta formar un gigante… ¿Cómo, por qué? No me lo preguntes… Bastante tengo con soportar los lacerantes ramalazos de dolor que me recorren el brazo…

Claire parpadeó rápidamente.

—¿Tú crees que son seres… seres vivos o… máquinas, robots? —preguntó con enorme ansiedad.

Guy se mordió los labios.

—No lo sé. Cuando vimos a esos que habían resultado atrapados bajo las rocas… No sé, pensé que se trataba de verdaderas criaturas. Criaturas muertas, desde luego. Pero ahora, tras haber asistido a esa extrañísima descomposición de los gigantes en pequeños *ellos*, no sé qué pensar… Podrían ser una especie de robots-módulos, tan versátiles como para adoptar rápidamente distintas apariencias y tamaños. Pero, ¿quién puede asegurarlo?

A cuarenta metros de distancia seguía produciéndose aquel monocorde «*brein-bao, brein-bao*».

—Pero, ¿qué hacen? —siseó Claire, estupefacta.

Los pequeños e incansables *ellos* estaban rescatando los cuerpos de sus congéneres.

Cuerpos inmóviles, fláccidos, sin vida, al parecer.

—Y ahora… ¡fíjate! —exclamó Claire, fascinada.

Naturalmente, Edwards no perdía de vista a los seres que

pululaban entre las rocas.

Pero lo que sucedió en aquel instante le dejó helado de sorpresa e incredulidad: doce *ellos* se habían tendido en un espacio libre de peñascos y formaban una figura antropomórfica incompleta.

Sus ágiles congéneres añadieron al conjunto varios cuerpos de *ellos* atrapados bajo las rocas.

Cuando la figura del cíclope estuvo completa, Guy vio el resplandor rojizo que brotaba del suelo y… ¡el gigante se animó, apoyó sus brazos en el suelo y se elevó, aunque bamboleante e inseguro!

Volvieron a hacer lo mismo una y otra vez: doce criaturas se tendían en el suelo y formaban una silueta incompleta. Sus compañeros traían los cuerpos exánimes y los adaptaban a los huecos.

Inmediatamente el conjunto resplandecía cegadoramente y surgía una criatura nueva, de proporciones colosales.

Claire y Guy no tenían fuerzas para moverse de allí. Pero, aunque hubieran estado en posesión de todos sus recursos físicos, nadie les hubiera logrado arrancar de aquel lugar y de los rarísimos e inexplicables fenómenos que estaban presenciando.

Transcurrido un tiempo que no hubieran podido calcular, *ellos* dejaron de buscar entre las rocas.

—Imagino que ya han encontrado a todos sus congéneres desaparecidos —pensó Guy.

Así debía ser, porque las criaturas restantes se agruparon en ocho formaciones idénticas.

Tan ágiles como simios, fueron trepando unos sobre otros y conformando de forma espectacular una nueva criatura de gigantesca proporciones. De cada uno de aquellos grupos brotó un resplandor rojizo y el conjunto se convirtió en un cíclope de cuatro metros de estatura.

Un total de dieciocho grotescas criaturas se alineó en la ladera. Un momento después desaparecían entre la bruma y el polvo que aún flotaba en el aire.

Cuando el último de aquellos insólitos seres desapareció entre la niebla. Claire Kyne y Guy Edwards se miraron fijamente, incapaces de disimular el estupor que les embargaba.

Luego Guy rompió el silencio con un comentario singular:

—Menos mal que ni tú ni yo somos adictos a los hongos mejicanos. Porque si eso fuera cierto, ahora estaríamos convencido- de que habíamos sido víctimas de una tremenda e inverosímil cadena de alucinaciones.

CAPITULO XI

Continuas palpitaciones telúricas recorrían el suelo bajo sus pies.

Al llegar a las proximidades de Kole Canyon, Claire y Guy contemplaron la columna de espeso humo que surgía de una grieta del suelo.

—Fumarolas —murmuró el hombre—. Eso quiere decir que la erupción es ya irreversible.

El temor les impulsó a seguir caminando en apretado bloque, a pesar de que apenas podían con su alma.

Únicamente se detuvieron al llegar a los linderos del bosque.

Bajo las copas de los primeros árboles, Claire se dejó caer, completamente desfallecida.

Y. por supuesto. Edwards la imitó.

De bruces sobre la alfombra formada por las agujas de pino, resoplaron durante largo rato.

De pronto, el hombre se irguió.

—¡Por las zarpas de la osa «Hoong»! —exclamó, con voz tonante.

Claire dejó escapar un apagado gemido y se incorporó sobre los codos.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó ella, alarmada.

—Nada —respondió Edwards—. Sencillamente: me olvidé de llamar por radio a Old Firtree. ¿No lo recuerdas? Acordé con mi ayudante que les llamaría, si nos veíamos obligados a pasar la noche en Mount Kenny. Pero se me olvidó.

Claire sonrió débilmente.

—¿Por qué no llamas ahora? Sería muy agradable que vinieran a buscarnos. Lo siento mucho, pero yo me niego a dar un paso más. Dudo mucho que reuniendo todas mis fuerzas consiguiera ponerme en pie —e insistió—: ¡Anda, llámales!

Guy se dio un manotazo en el pecho.

—¿Con qué? —respondió, desfallecido—. Me desprendí de toda la impedimenta allá arriba, para poder llevarte a cuestas…

Claire alargó una mano y le acarició el rostro manchado de sangre.

—¡Pobre Guy! —exclamó, conmovida—. No me perdonaré nunca haberte obligado a venir aquí. ¡Estás destrozado!

Edwards rió secamente.

—¿Destrozado yo? —exclamó, burlándose de sí mismo—. Acércate, aunque sea arrastrándote… Así. Muy bien. Mira a ver si puedes desgarrar mi camisa para fabricar un cabestrillo. En cuanto tenga este brazo sujeto, seré capaz de ponerme en pie y llevarte hasta Klain Gorge cargada a mis espaldas.

Ella hizo lo que el hombre le pedía. Unió dos largas tiras, colgó el cabestrillo del cuello de Guy y le colocó delicadamente el brazo roto sobre la tela.

—¿Qué distancia hay desde aquí a Klain Gorge? —preguntó ella, al cabo de unos pocos minutos.

—Unos doce kilómetros.

—¡Doce kilómetros! Vamos, Guy, desengáñate. No podrías llevarme hasta allí... ¿Qué hora es? —quiso saber Claire.

El hombre apartó la tela del cabestrillo y miró el reloj.

—Bueno... Mi reloj marca las cuatro.

—De la tarde, por supuesto —sugirió ella.

—Tanto da —comentó él—. Porque el reloj está roto. Debió destrozarse cuando caí y me fracturé el brazo. De modo que escoge la hora que prefieras.

A su pesar, Claire se vio forzada a dejar escapar una corta carcajada.

Luego miró al hombre que tenía enfrente con inmenso cariño y suspiró.

—Bien, aquí estamos: hambrientos, molidos... pero enteros —pronunció con lentitud. Y añadió—: Creo que lo peor ha pasado.

Guy hundió dos dedos en el bolsillo de su destrozada camisa y sacó un paquete de cigarrillos.

Sacó uno y lo ofreció a Claire. Pero cuando trató de extraer otro para él, comprobó que el que acababa de dar a su compañera era el último que quedaba.

—Busca el mechero en el bolsillo izquierdo del chaquetón —pidió a la mujer.

Ella se inclinó e hizo lo que el hombre le pedía. Cuando se separó de él, se arrancó el cigarrillo y lo deshizo lentamente entre los dedos.

—Pero, ¿qué has hecho? —protestó él—. ¡Podíamos haberlo fumado entre los dos!

La joven sonrió tristemente.

—¡Qué importa! También has perdido el mechero —respondió.

No tenían ganas de moverse, pero unos minutos después ella dijo:

—Vamos. Es preciso que nos alejemos de aquí.

El hombre se puso en pie con dificultad. Se inclinó sobre Claire y echó una ojeada a su tobillo izquierdo.

Por encima de la venda, la piel tenía un color oscuro, tumefacto. Le sacó la bota y retiró la venda, tras lo cual aplicó al tobillo un leve masaje que obligó a Claire a aullar de dolor.

—El tobillo se ha hinchado demasiado y no conviene apretarlo en exceso —advirtió él

Y le calzó la bota con cuidado.

Al ver que el hombre se separaba de ella, Claire gritó:

—¿Vas a dejarme sola?

Pero él volvió poco después con dos rudimentarias muletas, que no eran otra cosa que dos resistentes ramas cortadas a la altura

adecuada.

—Ahora podrás caminar, aunque lentamente. No esperemos más: vamos —la animó Guy.

De todas formas, nunca hubieran ido demasiado lejos, porque unos minutos después, cuando caminaban entre los árboles, una formidable deflagración resonó a sus espaldas.

La explosión fue tan horrísona que Claire se llevó las manos a los oídos para proteger sus tímpanos y sus «muletas» cayeron al suelo.

Simultáneamente, el suelo trepidó violentamente y algunos árboles se desplomaron con gran estruendo, veinte metros por delante de ellos.

Claire se dejó caer al suelo, angustiada.

—¡Dios santo! ¿Qué es eso? —gimió.

Edwards se había vuelto hacia atrás, murmuró:

—Mount Kenny ha estallado. Ojalá podamos alejarnos a tiempo.

La tomó del brazo, recuperó las «muletas» y la tomó por un brazo

—¡Aprisa!

Un momento después, volvieron a detenerse.

Enormes pedazos de roca caían por doquier tronchando los añosos pinos centenarios como si se tratase de tiernos tallos de espárragos.

La frondosa copa del pino bajo el que permanecía Claire fue arrancada del tronco por algún proyectil invisible y cayó a unos metros de ambos con gran estruendo.

Seguidamente, una lluvia de pequeños proyectiles cubrió el firmamento. Fragmentos pequeños de piedra, ciertamente, pero capaces de romper el cráneo a cualquiera que fuera alcanzado por ellos.

—¡Es el final! —gritó Claire, desmoralizada por completo—. ¡No podremos escapar al cataclismo!

Por un momento, Guy se dejó influenciar por la desesperada actitud de la muchacha. Por fortuna, su indecisión sólo duró unos segundos.

Luego tomó a Claire por un brazo y la arrastró prácticamente bosque adelante, hasta que alcanzaron una zona más umbría y protegida.

Allí se derrumbaron jadeantes.

El aire estaba impregnándose poco a poco de gases tóxicos, deletéreos, tan peligrosos como los pedazos de roca que pasaban, silbantes, por encima de las verdes copas de las coníferas.

Una segunda explosión resonó allá, en las alturas.

Aquí y allá, caían de vez en cuando los troncos de los árboles alcanzados por los terribles proyectiles.

Siguió otra explosión. Y otra, y otra, cada vez más atenuadas.

—El viejo león se despertó por fin —mascullό el jefe de Cráter Lake—. Con tal de que no logre pillarnos entre sus zarpas...

Estaba lloviendo ceniza.

Ceniza candente, que penetra por ojos, nariz y boca, y abrasa la garganta y daña mortalmente las vías respiratorias.

Por el momento, las cenizas caían sobre las frondosas copas de los árboles, que casi cubrían el firmamento allá arriba, protegiéndoles efectivamente.

—Pero más adelante...

Guy buscó un pañuelo en su bolsillo y lo entregó a Claire, que respiraba con cierta dificultad.

—Póntelo sobre la nariz y la boca y respira a través de él. Procura acompasar la respiración —recomendó.

Y sonrió:

—Todo irá bien, pequeña.

¿Todo iba a ir bien? Lo cierto es que ni él mismo se lo creía.

Para no pensar en temas desagradables, se esforzó en averiguar la hora que era.

La luz del día había disminuido mucho, pero esto podía deberse a que el humo y las cenizas que se expandían sobre la zona sur del Parque formaban una especie de «sombrilla» que tamizaba la luz solar.

Veamos.

Su reloj marcaba las cuatro y diez. Si se había roto cuando cayó con Claire a cuestas... ¿Cuánto tiempo hacía de ello?

¡Imposible de calcular! ¡Habían ocurrido tantas cosas desde entonces...!

A veces, el tiempo vuela. Como la noche anterior, cuando Claire y él contemplaron el fascinante espectáculo de imágenes y luz que tuvo lugar al borde del cráter del volcán. Cuando Guy recogió a la desmayada muchacha y la llevó a la oquedad, eran... ¡las cuatro de la madrugada!

Un chasquido restalló a su espalda y la obligó a ahuyentar los pensamientos que ocupaban su mente.

Al notar su movimiento. Claire separó el pañuelo de su rostro y le miró desesperadamente.

—Tranquila, no pasa nada —susurró él.

Pero se puso en pie, se apartó de la umbría y echó una ojeada.

Palideció.

¡El bosque estaba ardiendo... ¡

Materias incandescentes, catapultadas desde el cráter de Mount Kenny, debían haber alcanzado los linderos, del bosque porque las llamas eran visibles a unos doscientos metros e incluso podía oírse el sonoro crepitar de los troncos abrasados.

Volvió apresuradamente junto a Claire y dijo: —Vamos

Caminaremos un poco más. La elevó del suelo y sin esperar a recuperar las rudimentarias muletas, la aferró por la cintura y huyó.

Confiaba excesivamente en sus fuerzas, porque unos minutos después sintió que sus pulmones estallaban y hubo de apoyarse en el tronco de un árbol.

No setrataba ya del feroz cansancio: el aire que respiraban era venenoso y le debilitaba aún más.

Ciegamente caminó aún un centenar de metros, a pesar de que apenas podía respirar.

Pero de pronto descubrió que se encaminaba a un nuevo foco de incendio.

Retrocedió, torció a la derecha, buscó ansiosamente una salida con la mirada...

Sencillamente, no la había.

Su furia fue tan intensa que un bramido salvaje brotó de su pecho.

—Tengo que salvarla, tengo que sacarla de aquí como sea —se prometió furiosamente

El humo le obligó a toser secamente

Claire no decía nada.

Se sentía tan espantada que incluso había perdido la facultad de quejarse.

Yen aquel momento sonó un relincho de caballo entre los árboles.

Los ojos de Edwards destellaron, su rostro cubierto de sangre seca se animó.

¡Un caballo! Señal de vida, de esperanza.

Gritó a pleno pulmón:

-¡¡Aquí, AQUIIIIII!!

Transcurrieron unos segundos.

Yvolvió a gritar hasta enronquecer:

—¡¡AQUI, AQUI...!!

Un jinete apareció entre las llamas. Y luego otro. Y hasta un tercero.

A la luz del incendio, Guy reconoció a su ayudante, Bob Romero. Detrás de él venían Dick O'Brien y Patrick Williams.

—¡A ella, a ella, sacadla primero a ella! —rugió—. ¡Tiene un tobillo roto y está medio asfixiada! ¡Con cuidado, Bob! Así, despacio.

Bob escapó al galope, llevando a Claire Kyne sobre la grupa.

Luego Guy fue a saltar sobre la grupa del caballo de O'Brien, pero cayó pesadamente a tierra y quedó inmóvil.

—¡Vamos, jefe, date prisa o quedaremos todos achicharrados! —le gritó O'Brien.

Williams y él tuvieron que desmontar y elevarle, inerte hasta la grupa de uno de los caballos, porque Guy Edwards se había

desmayado.

CAPITULO XII

Edwards volvió en si trece horas más tarde.

Fue a incorporarse y mil punzadas de dolor rabioso se lo impidieron.

Poco a poco, su cerebro fue recomponiendo y anudando los recuerdos de lo sucedido en las anteriores jornadas.

Yuna palabra surgió impetuosa de sus labios:

—¡Claire!

Estaba solo.

Sus ojos recorrieron la habitación. Aquel era su propio dormitorio, lo reconocía fácilmente.

La mesita-escritorio, el armario, un paisaje pintado por él mismo a ratos perdidos, la ventana, las dos sillas, la mesilla de noche.

Yel reloj. Eran las diez de la mañana.

La ventana estaba entornada. La luz era fuerte, luminosa. Seguramente, el sol lucía sin obstáculo, allá en lo alto.

—Claire —murmuró—. ¿Dónde estará?

En alguna parte resonó el teléfono. Probablemente se trataba del aparato instalado en su propia oficina.

Tras superar una segunda descarga de dolor. Guy logró incorporarse a medias sobre el lecho.

Ysólo entonces reparó en que le habían escayolado el antebrazo izquierdo. Golpeó la escayola con los nudillos de su mano derecha y tras oír el sordo «cloc-cloc», suspiró satisfecho.

Por supuesto, su ropa no estaba sobre la silla, como él acostumbraba a dejarla. Entre otras cosas, porque la ropa que había utilizado el día anterior debía estar destrozada y chamuscada.

Al ponerse en pie, se repitieron las agudas punzadas de dolor que le recorrían el cuerpo de los pies a la cabeza, pero cuando dio unos pasos hacia el armario y no cayó al suelo, se sintió mucho más seguro de si mismo.

Rápidamente se puso unos pantalones. No era fácil, disponiendo de una sola mano, pero lo consiguió. En cuanto a la camisa, resultó absolutamente imposible: el brazo escayolado no cabía por la manga de la camisa.

Escogió una cazadora amplia, que se puso sin grandes inconvenientes. Luego volvió al lecho, tanteó debajo y sacó unas zapatillas. Un momento después caminaba lentamente hacia su despacho, donde seguía repiqueteando el teléfono intermitentemente.

Como había supuesto, el sol inundaba su oficina a través de los tres amplios ventanales.

Se detuvo un momento, absorto, contemplando el centenar de vehículos de todos los tamaños, marcas y colores aparcados cerca de los edificios de Old Firtree.

Pero el teléfono volvió a sonar impaciente y Guy descolgó el auricular de un manotazo.

—Edwards al habla —gruñó—. ¿Quién diablos llama?

—¡Al fin! —resonó una voz conocida—. ¿Dónde te habías metido, Guy?

—En el Infierno.

—¿Cómo...?

—Nada. Di lo que sea cuanto antes. Dana. Tengo un brazo roto, me siento hambriento y Old Firtree está lleno de coches...

—Sí, oí decir que escapaste de un incendio por los pelos. Y quería preguntarte algo, Guy. Naturalmente, esta conversación es estrictamente confidencial, ¿comprendes?

—Claro que comprendo. Habla ya.

—Tú estuviste allá arriba, poco antes de que Mount Kenny estallara, ¿no es cierto?

Dana Wilmot, sheriff He Fort Klamath, había bajado la voz como si ello ayudara a mantener el secreto de la conversación.

—Si, estuve allá arriba. ¿Qué es lo que quieres saber?

Wilmot convirtió su voz en un susurro.

—¿No advertiste nada... extraño? —preguntó.

Edwards vaciló. Pero al fin se decidió a responder:

—¿Algo extraño? No, desde luego que no. Excepto si te refieres a la erupción del volcán en sí...

—El caso es que...

—¡Habla más alto, apenas puedo entenderte!

—El caso es que anoche se produjo una alarma aérea, hacia las diez de la noche. Mi vecino, Kirk Morgan, fue uno de los pilotos que despegaron de la Base Cupe Blanco para averiguar la razón de la alerta estratégica...

—Muy interesante. Supongo que no pudieron elevarse por encima de los dos mil metros...

—¡Síii! —susurró Dana Wilmot—. Esta vez si, según me ha confirmado Kirk en secreto, que por cierto tenia esta mañana una borrachera fenomenal. Por eso no creo una palabra de lo que me dijo...

—¿Puedo saberlo yo? —preguntó Edwards, bajando la voz tanto como Wilmot.

—¡Psch! No creo que haya una sola palabra de verdad en la historia de ese borrachín —respondió el sheriff de Fort Klamath—. ¿Sabes qué me dijo, después de arrojarme una bocanada de aliento alcohólico a la cara? Según él, y siguiendo las instrucciones del mando

estratégico de la fuerza aérea, los «Phantoms» se dirigieron al Pacifico, en lugar de orientarse hacia la zona donde se había detectado la presencia de una nave no identificada. Volaron cincuenta kilómetros hacia el Oeste y se elevaron cinco mil metros. Y aquí viene lo bueno... ¡Morgan asegura que de repente estuvieron a punto de colisionar con una enorme astronave de rarísimo diseño, cuyas dimensiones Kirk calculó en unos doscientos metros de longitud por unos cincuenta de anchura! Comprenderás que esto no puedo creérmelo, Guy.

—Y haces bien —respondió el jefe de Cráter Lake. Y colgó.

En aquel momento, se abrió la puerta y apareció Stella, la esposa de Dick O'Brien. Stella era pequeña, pizpireta y desenvuelta. Poseía conocimientos elementales de medicina y actuaba como enfermera en Old Firtree.

—Veo que se ha levantado —exclamó, entrelazando los dedos de ambas manos bajo el pecho—. ¡Vaya! Al parecer, nos alarmamos demasiado anoche. A juzgar por su aspecto, parecía a punto de entregar el espíritu.

—Estoy perfectamente —afirmó Edwards, con sequedad—. Aparte de este... impedimento —señaló su antebrazo escayolado.

—Muy bien. ¿Quiere desayunar? Debe tener un hambre de caníbal...

—Comeré después —decidió Guy—. Antes quiero que me informe de varias cosas. Primero: ¿qué hace toda esa gente aquí? —señaló los automóviles que se veían a través de la ventana.

Stella O'Brien se volvió hacia la ventana más próxima.

—¿Esos? Bueno, hay centenares de observadores, vulcanólogos, periodistas, técnicos de televisión, reporteros de radio y... unos mil policías. Están todos allá abajo, observando el volcán. Pero me temo que van a volver defraudados.

—¿Por qué?

—Porque el volcán ha vuelto a extinguirse. La cumbre estalló y se produjeron algunas explosiones, que provocaron incendios. Pero los incendios se sofocaron rápidamente y la erupción ha terminado. Ahora del cráter, sólo brota una delgada columna de humo —le informó la solícita señora O'Brien.

—El viejo león tiene las zarpas cortas...

—¿Cómo? —enarcó una ceja la esposa de Dick O'Brien.

—Nada. ¿Ha visto a mi ayudante?

—Fue a llevar a la señorita Kyne a Klain Gorge.

—Pero, ¿cómo? Claire tenía un tobillo roto... —exclamó Guy, asombrado.

—¿Roto? Nada de eso. Sólo un tendón desmontado. Anoche le di unas friegas, le palpé el tendón, se lo coloqué en su sitio y esta mañana se sentía espléndidamente… Se levantó temprano. Y luego

pidió a Bob Romero que la llevase a Klain Gorge. Tenia un excelente aspecto, jefe —explico la buena mujer.

Edwards frunció el entrecejo.

—No logro comprenderlo —murmuró como si hablara consigo mismo—. Parecía a punto de...

—¿De qué, Guy?

—De nada, de nada... Pero, ¿qué diablos se le ha perdido en Klain Gorge? —bramó, disgustado y rabioso.

Naturalmente, Edwards imaginaba que lo primero que haría ella a la mañana siguiente seria acudir presurosa a visitarle.

Al parecer. Claire tenía otras cosas más importantes que hacer.

—Bueno, usted no lo sabe —dijo la señora O'Brien.

—¿Qué es lo que no sé?

—Dick envió un mensaje por radio esta mañana. Yo misma atendí la radio, puesto que aquí todo el mundo andaba loco de un lado a otro, recibiendo a los visitantes... Supongo que imaginaban que todos ellos saldrían en televisión, pero...

—¿Cuál era el mensaje de Dick? —exigió Edwards, sin reparar en cortar en seco la verborrea de la simpática señora O'Brien.

—Dick dijo que los Maninway se habían presentado en el refugio a las ocho de la mañana.

—¡¡¿COMO?!!

—Lo que acaba de oír. La señorita Kyne acababa de reaparecer y le di cuenta de la feliz noticia. Y ella se las arregló para trasladarse allí inmediatamente —respondió Stella con una deliciosa sonrisa.

Guy parpadeó, tragó saliva, parpadeó, se rascó el brazo escayolado y... se dirigió como un bólido hacia el exterior.

—¡Eh, eh! —le detuvo la señora O'Brien—. Esa no es una vestimenta decente para presentarse ante una señorita como Claire Kyne. Vístase antes y después pediré a uno de los muchachos que le lleve a Klain Gorge.

Y Guy Edwards tuvo que plegarse a las exigencias de su «enfermera».

EPILOGO

Claire le detuvo cuando iba a penetrar en la cabaña. Edwards se había detenido un momento para curiosear en el interior del automóvil de los Maninway, que aparecía intacto.

—Ellos no recuerdan nada, Guy —advirtió Claire, poniéndole ambas manos en el pecho—. Me han dicho que se perdieron en las estribaciones de Mount Kenny y que escaparon de allí cuando el monte estalló. Creen que hoy es 25 de julio, cuando en realidad estamos a 30. Yo no sé qué hacer. Les he seguido la corriente.

¡Parecen tan normales! Se han comportado conmigo tan cariñosos como siempre. Cuando he devuelto a Perry su cuaderno de campo, él le ha echado una ojeada y me lo ha agradecido con un: «Gracias, tía. No sabía dónde lo había perdido. Pero ya veo que tú lo encontraste».

—¿Entonces...?

—Sólo tú y yo conocemos su insólita aventura, porque ellos lo ignoran por completo. Se diría que *ellos* borraron de sus cerebros cualquier recuerdo de cuanto sucedió entre el día veinticuatro y el 29. ¿Por qué no dejar así las cosas?

—Pero yo di la alarma a la policía. Y ellos querrán saber...

—Puedes arreglarlo perfectamente, Guy. Diles que se extraviaron el día.. 26, por ejemplo, que se les habían acabado las provisiones y que se refugiaron en una cueva... como los Weaver, ¿recuerdas? Que se alimentaron de hierbas y perdieron la noción de las cosas durante tres días. ¿No es posible?

Edwards parpadeó.

—Supongo que no sería difícil. Pero... ¿cómo justificar el hecho de que el coche llegara hasta aquella plataforma inaccesible? —Wilmot vio el coche allí arriba. No puedo engañarle a él —replicó el hombre, un tanto inquieto.

Claire se mordió los labios, pensativa.

—No había caído en ello. Desde luego, es un problema... ¿Qué tal persona es Wilmot? —preguntó.

Guy le relató la conversación que un par de horas antes había mantenido con él.

—Así que es un incrédulo... —exclamó la joven con ojos chispeantes—. Pues muy bien. ¡Cuéntale la verdad!

—Pero...

—No se la creerá, por supuesto. Llévale entonces a Mount Kenny y hazle ver que el coche ya no está allí. Puedes divertirte mucho con él. Por otra parte, estoy segura que Wilmot lanzará un suspiro de satisfacción cuando sepa que ya no tiene que seguir buscando a los Maninway —resumió Claire.

—Es posible —respondió Edwards, indeciso—. Pero ahora me gustaría ver a Jack y a su familia. ¿Me lo permites...?

Claire separó las manos del pecho del hombre y le dejó pasar.

* * *

A las seis de la tarde, Guy Edwards volvió a Oíd Firtree en el helicóptero de Sam Pitcairn.

La inmensa mayoría de los automóviles de los reporteros y curiosos se habían marchado ya. Sólo quedaban un par de camiones de los bomberos y varios vehículos de la policía y la Guardia Nacional.

Cuando se elevaba el helicóptero, Edwards se reunió con Bob Romero, que acababa de abandonar el despacho.

—Bien, todo parece en calma. La mayor parte de la gente se ha marchado, incluidos los Maninway. La señorita Kyne convenció a sus parientes de que, mientras siguiera humeando el volcán, lo más adecuado era pasar el resto de sus vacaciones en lugar más seguro —comentó su ayudante.

—Así que también ella se marchó...

—¿Quién?

—La señorita Kyne —especificó Edwards.

—Sí, sí, también ella iba en el coche.

—Era de suponer —repuso Guy. Y se alejó rápidamente hacia sus dependencias.

Pero inmediatamente volvió a la explanada.

Atónito, examinó el viejo «Dodge» que Claire había traído a su vuelta de Klamath Falls, adonde había ido a revelar la película filmada por Jack Maninway.

—Por cierto, también se ha olvidado la película —murmuró Guy. Pues ella se la había confiado el día anterior, antes de que ambos partieran hacia Mount Kenny.

¿Era lógico que Claire abandonara ambas cosas?

—Tal vez sean dos regalos de despedida —se respondió a sí mismo con amargura.

Aquella tarde se recluyó en sus habitaciones y, en lugar de cerveza, se bebió media botella de whisky.

Estaba un poco borracho cuando oyó repiquetear sonoramente el teléfono de su despacho.

Descolgó y dijo:

—Habla Guy Edwards.

—¡Ah, Guy, soy yo, Claire! Estoy a unos trescientos kilómetros de ahí, en las montañas Steens, donde Jack ha alquilado una cabaña. ¿Arreglaste el asunto de Dana Wilmot?

—Sí. Me llamó idiota, pero está todo arreglado.

—Muy bien, no sabes lo agradecida que te estoy.

—Lo celebro. Por cierto, has olvidado el coche. Y la película.

—¿La película? Verás, he decidido que lo mejor es quemarla. Hazlo tú mismo, por favor.

—Pero podrías ganar una cantidad sustanciosa de dinero, vendiéndola.

—No me interesa el dinero. Además... si esa cinta fuera pasada por televisión, yo tendría que explicar muchas cosas a Jack. Prefiero que las cosas queden así.

—Ya —murmuró él, seca la garganta.

—Ah, y por cierto, Guy. ¿Podrías traer el «Dodge»? —preguntó

Claire.

«¡Es el colmo!», pensó Edwards. «¡Encima quiere que le lleve el coche!»

—Y así podremos volver los dos juntos a Oíd Firtree —añadió Claire.

—¡¡¿Cómo has dicho?!! —gritó Guy. Y ella se lo repitió.

De un salto se incorporó del sillón sobre el que había comenzado aquella conversación, lánguida y estúpidamente sentado en actitud indiferente.

—No esperaré hasta mañana, me pondré en camino esta misma noche —exclamó, ansioso—. ¿Qué dices? ¿El brazo? No importa. Me haré acompañar por alguien. ¡No, no trates de detenerme! Te lo juro: me moriría de impaciencia aguardando aquí hasta la mañana. Ah, buenas noches, cariño.

—Buenas noches, amor mío. Te estaré esperando —respondió Claire Kyne.

FIN



Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la

Selección TERROR

que se los ofrece ahora semanalmente
y en cada uno de los cuales hallará siempre
las mejores novelas escritas por los más
afamados expertos en el género.

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA PTAS.

Impreso en España